

EL CLUB

(LA TERAPIA II)

HUIR NO ES UNA OPCIÓN

ROBER ORTEGA

EL CLUB

LA TERAPIA II

Rober Ortega

*“El retirarse no es huir, Ni el esperar es cordura Cuando el peligro
Sobrepuja a la esperanza”*

Miguel de Cervantes Saavedra

Los personajes creados en *El Club*, al igual que en *La Terapia*, son ficticios en su totalidad, así como algunos escenarios en los cuales transcurren las tramas que a continuación podréis leer, mezclando, en algunas ocasiones, realidad con ficción.

Primera Edición: diciembre del 2019

©2019, Rober Ortega Maquetación: Virginia Gutiérrez

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A Davo. Por tu apoyo incondicional.

0. EL CLUB

Jueves 4 de abril, 2019.

El ‘Profesor M’ había sido despertado por una llamada temprana que le informaba acerca del incendio de la casa de Cebrián.

—No ha sobrevivido nadie, jefe —Informaba la anónima voz femenina que estaba al otro lado del teléfono.

‘M’ colgó el teléfono y, fruto de su decepción, soltó un puñetazo al cabecero de la cama que le dejó los nudillos de su mano derecha ensangrentados.

En poco menos de una hora, ‘M’ ya estaba en su despacho, situado en el edificio más alto de Madrid, pidiendo informes sobre los invitados a la casa de Cebrián.

Él y el doctor Samuel Cebrián tenían un estrecho vínculo que les hacía denominarse amigos tras múltiples ocasiones en las que habían coincidido, haciendo que el Profesor fuese un invitado VIP en los días en que el doctor era el anfitrión de lo que ellos mismos denominaban ‘La fiesta roja’. El Profesor no era, a título personal, muy fanático de satisfacer sus fantasías delante de otras personas. Él era más de saciar su sed de sexo, sudor y sangre de manera íntima, pero las salvajes fiestas rojas del doctor eran delicatessen, como él mismo las definía, por lo que, si su trabajo y su tiempo se lo permitían, no dudaba en coger un avión privado hasta el aeropuerto de Hondarribia y plantarse el mismo día en la casa de Samuel para, también, en parte, vigilar que todo fuese como la seda.

La voz anónima se hizo visible. Era Briana Ramos, amante del Profesor, y la única persona que conocía la doble identidad de ‘M’. Dentro del trabajo, eran compañeros. Él era el jefe, y ella la mano derecha del Profesor. Fuera del trabajo, eran amigos, amantes, confidentes, e incluso compañeros de orgías y demás fantasías obscenas y sangrientas que satisfacían sus ansias más ocultas.

Briana había sido, años atrás, secretaria de la presidencia del Gobierno español. Conocía trapos sucios de, prácticamente, cualquier personalidad pública, y su cabeza era uno de los mayores almacenes mundiales de información que la humanidad hubiese sido capaz de crear. Ella era la voz visible del Club, la misma que daba la cara ante cualquier pequeño o gran problema que pudiese ocasionar cualquier miembro, y, cuando eso pasaba, era ella quien se dirigía hacia la convención que tuviese lugar en ese momento, y quien personalmente mandaba llevar a los sótanos del edificio más moderno y alto de España. Lo que pasaba después, no era asunto suyo.

Briana se acercó al Profesor con una carpeta, que le entregó en mano.

—‘M’, en esta carpeta están todos los invitados a la Fiesta Roja de Samuel. Ignoramos aún quién sobrevivió, pero de los nuestros, a priori, ninguno ha sobrevivido. No obstante, nuestros hombres están investigando todo.

—Gracias. Cierre la puerta, por favor.

Briana obedeció, como siempre hacía, y salió por la puerta, cerró, y dejó solo a ‘M’ en un despacho muy amplio, enorme, dominado por bonsáis alrededor de las ventanas a pesar de tener unas vistas únicas que mostraban Madrid en su totalidad, y una parte del jardín vertical que dominaba medio edificio. Un piso 50 era razón más que suficiente para llevar a cabo su trabajo de

la manera más tranquila posible, aunque aquella mañana lluviosa de jueves no fuese, precisamente, una mañana tranquila.

‘M’ abrió la carpeta. La primera ficha que Briana le había preparado era la de Raúl Duque Martínez, nacido un 3 de abril de 1993, ex presidiario, condenado por abuso sexual, hijo de Pedro y Manuela, hermano de Alfredo, quien murió años atrás. Junto a la ficha, toda una serie de detalles sobre sus hobbies, sus gustos musicales, e incluso las veces que había ido al médico en los últimos años, sus carencias, sus puntos débiles. Su vida entera estaba en aquella ficha, incluso ‘M’ pudo saber ipso facto que Raúl, en realidad era inocente. Perfeccionista y meticulosamente escrita, la ficha narraba la realidad de una mentira que había hecho pasar un tiempo en la cárcel a un chico inocente.

Interesante, cuanto menos, que un chico de 26 años, inexperto en lucha ni armamento, hubiese conseguido destruir uno de los pequeños vicios del Club que él mismo dirigía, y nada más y nada menos que la casa de uno de los mejores anfitriones a los que había tenido el gusto de conocer.

Pasó a la siguiente ficha. María Teresa Gallardo Zárata. Abogada. Jurista del centro penitenciario de Martutene, en San Sebastián. 40 años, nacida un 6 de diciembre de 1978. Padres fallecidos, sin familia conocida, divorciada, sin hijos, y con una carrera intachable. De nuevo, hobbies y gustos generales, todo bien detallado, no dejaban al aire ni un detalle apenas sobre la vida de la jurista.

La ficha que venía detrás estaba obsoleta. Anaïs Baudin, francesa, de unos 30 años, nada más. ‘M’ pulsó un botón a la derecha de su mesa, y dijo apenas cinco palabras “Briana, preséntate ya en mi despacho”.

Sin responder, Briana se presentó frente al Profesor.

—La tercera ficha está vacía, ¿por qué?

—Señor, ya lo había visto, y pregunté a los chicos, pero carecen de la información pertinente. Nacionalidad francesa, no vive aquí, por lo que es competencia de los gabachos.

—De acuerdo, llamaré a ‘Monsieur P’ para que nos envíe toda la información sobre esa chica. Puede irse.

Briana salió, y ‘M’ miró la siguiente ficha. Apenas había un par de datos sobre los críos, Tatiana y Julen, sobre sus padres, edad de los chavales, pero poco más.

‘M’ supo que lo más importante lo tenía en las dos primeras fichas. Ellos, de alguna manera, eran los responsables de lo que había pasado.

Entró en una página a través del ordenador, en la Internet profunda. Una ventana le pedía un nombre de usuario y una contraseña. Su user era ‘M’, apenas una simple letra, tal como le conocían con su identidad de líder, y su contraseña era larga, no menos de 15 caracteres. Aquella página había sido creada por un hacker que trabajaba para el Club, un chico con unos conocimientos tan exhaustivos que podía agarrar un móvil y con sólo tocar dos números, ser el dueño y señor de ese teléfono. El sistema, por suerte y alivio para ‘M’, estaba a buen recaudo.

La página se abrió, y la misma dio la bienvenida al Profesor. Envío una orden internacional a través de clubs de otros países contra Raúl Duque y María Teresa Gallardo, y a su vez pidió a ‘Monsieur P’ a través de un chat privado, toda la información posible sobre Anaïs Baudin. Los críos no le importaban, no podían hacer daño a uno de los hombres más poderosos del Mundo.

1. LES ANGLÉS

Jueves 4 de abril, 2019.

Maite Gallardo condujo sin mirar atrás y entró con el coche, allá por el mediodía, a la región francesa de Occitania, tras 8 horas sin apenas parar, más que en una estación de servicio para poder asearse todos un poco. A las tres de la tarde estaban en Les Angles, un pueblecito situado en los Pirineos Orientales, donde residían los padres de Anaïs.

La francesita entró por la puerta, sin tocar el timbre. Sus padres estaban acostumbrados a dejar la puerta sin echar la llave, y con tan solo empujarla, sus vecinos accedían a la casa, donde les llevaban leche, verduras, y demás productos agrarios propios de sus cosechas y que solían compartir con demás vecinos del pueblo.

Cuando François y Annette, los padres de la joven, vieron a su hija y a sus amigos, no pudieron esconder la felicidad que desprendían sus rostros. La joven se abrazó a ellos, y, tras presentarles a sus compañeros de viaje, les contó lo que había pasado.

Annette, visiblemente afectada, ofreció junto a su esposo toda ayuda posible ante aquel despropósito inhumano que habían padecido aquellos muchachos españoles junto con su propia hija.

Anaïs únicamente les pidió poder pasar en su casa hasta la mañana siguiente, y el suficiente dinero como para poder pasar una temporada tranquilos.

—Dinero, necesitamos dinero para poder huir.

François accedió de inmediato, y pidió a su hija que le acompañase hasta la habitación matrimonial, al fondo de la casita pirenaica que habían comprado sus padres años atrás como vivienda vacacional, pero que, tras jubilarse Annette, decidieron permanecer allí como primera vivienda.

François había creado Colette, su gran Imperio, partiendo de la nada, con apenas cuatro prendas de ropa que vendía en mercadillos los sábados por la mañana, allá por los años 60. El nombre lo había adoptado de su propia madre, a quien sentía debérselo todo por los sacrificios que tuvo que hacer para que el pequeño François pudiese cursar los grados superiores de diseño de moda. A los pocos meses tenía su primera tienda, y, con el paso de los años, Colette ya era una franquicia a escala nacional, y poco a poco pasó a ser una influencia de talla mundial. Diseñaba moda, uno de los pocos que aún quedaban en activo de su generación, pero el paso de los años, los nuevos tiempos y los jóvenes con ganas de comerse el Mundo habían conseguido que él pudiese vivir más al margen de todo aquello, y con gente de confianza alrededor, su vida sería menos estresante. La empresa siguió adelante, y él pasó de ser dueño de una gran empresa a sacar su Imperio a bolsa y ser, simplemente, máximo accionista de la empresa. Ese dinero que percibió le serviría para vivir tranquilos él, su mujer, su hija, y hasta sus tataranietos, aunque, la rebelde, la oveja negra, la señorita Anaïs Baudin, siempre tuvo una mentalidad completamente diferente a la que sus padres le ofrecieron siempre a nivel económico. Ese dinero familiar había sido ganado fruto del esfuerzo y sudor de su propio padre y ella debía ganar su propio dinero con el sudor de su propia frente. Sus padres se conocieron en una convención de moda en Ginebra, y el flechazo fue tan inmediato, que François pidió a Annette esa misma noche que la diseñadora en alza

Annette Blanc formar parte de su equipo de trabajo. Un trabajo que ella no supo rechazar. Un año después se casaron de penalti, y a los tres meses de la boca nació la pequeña Anaïs.

François confesó a su hija, ya en la habitación, que padecía un cáncer terminal de pulmón, por lo que no tenía mucho ya que perder. Annette ignoraba la enfermedad del hombre, así que aquel era su secreto y el de su hija. Ambos se abrazaron muy fuerte, y la chica no pudo evitar romper a llorar.

—Sin penas, esto es así, petit Anaïs. Tu madre y tú siempre seréis lo mejor que me pasó. Soy y he sido feliz, quédate siempre con eso. Lo demás no son más que tristezas y para dos días que pasamos en la Tierra, no los podemos desperdiciar. Lo importante ahora mismo eres tú. Abre la caja fuerte, detrás del retrato familiar.

François indicó a su hija el retrato que, veinte años atrás encargó pintar a un prestigioso artista flamenco, y que con una mano magistral había plasmado a un matrimonio feliz detrás de su pequeña hija de apenas diez o doce años de edad.

Anaïs movió el retrato, el cual se abrió como si fuese una ventana, y su padre le indicó la combinación. 140186.

—Mi fecha de nacimiento. Muy inteligente, papá. Si alguien conocido entra a robar sabe por dónde tirar.

François se encogió de hombros, mientras ambos, mirándose, se rieron. Anaïs se giró nuevamente, concentrándose en la combinación, y abrió en cuestión de segundos la caja fuerte, repleta de billetes grandes de Euro.

—Coge todo cuanto necesites, hija, sabes que en el banco hay dinero de sobra. Esto es solo para emergencias, y tú la tienes.

Anaïs cogió la mitad del dinero que había en la caja. Según calculó, habría unos setecientos mil euros, dinero más que de sobra para poder escapar y vivir tranquilos durante una temporada.

—Ma fille, sácalo todo, lo necesitas ahora mismo.

—No, papá, si lo necesito, os lo haré saber, os lo prometo.

Padre e hija volvieron a abrazarse y fueron al salón, donde se encontraba Annette junto a los compañeros de viaje de la chica, a quienes les había preparado algo para comer, restos del frigorífico, fiambre, y en el horno tenía haciéndose un Quiche Lorraine, una de las comidas favoritas de Anaïs.

Después de comer, François se ofreció a enseñarles el pueblo a los amigos de su hija. Julien se dormía, por lo que Annette se ofreció a echarle en la cama de invitados y quedarse en casa para que al niño no le faltase de nada.

Pasaron una tarde muy agradable, conocieron la montaña pirenaica de la zona, y, a la vuelta, el hombre llevó a los chicos a una chocolatería donde tenían, según sus palabras, el mejor chocolate suizo a la taza de la zona.

Atardecía, por lo que François llevó a los chicos de vuelta a casa en el todoterreno de la familia. Annette ya les tenía la cena preparada, algo light, una vichyssoise o crema de puerros, la sopa fría más famosa de Francia, que tomaron gustosamente todos menos Tatiana, a quien no le gustaban los puerros y que la madre de Anaïs no tuvo ningún reparo en reemplazar el plato de la niña por una tortilla recién hecha.

Los chicos fueron temprano a dormir. La noche anterior, aunque se mostraron muy enteros durante todo el día, había sido larga, y empezaba a pasarles factura en el terreno físico. Anaïs durmió en su habitación junto con Tatiana, y Raúl con Maite y Julien en la cama matrimonial que tenía la habitación de invitados.

La noche iba a ser muy corta dado el sueño que tenían todos, por lo que no querían perder más

el tiempo, y debían aprovecharla para descansar. Las luces se apagaron. Era hora de dormir.

2. RUMBO A ITALIA

Viernes 5 de abril, 2019.

Ya por la mañana, Anaïs se despidió cariñosamente de sus padres, mientras Maite y Raúl hacían lo propio con ellos, agradeciéndoles, a pesar de no haber conectado demasiado por culpa del idioma, el trato tan familiar mostrado, tanto hacia ellos, como a los niños.

La intención del grupo era la de ir a Italia, y la costa mediterránea les parecía a todos una zona más que interesante, tanto por la primavera, que ya había llegado, como pensando en los siguientes y veraniegos meses. Sin frío, a salvo de todo. La duda que tenían era si los padres de los críos estarían también a salvo, y Raúl ya había propuesto horas antes el enviarles una carta desde Francia para que supiesen que sus hijos estaban bien, pero Maite le hizo cambiar de opinión, ya que no sabían nada, ni acerca de si la carta llegaría a su origen, a si enviar algo podría ponerlos, de alguna manera, en peligro a los cinco, y, tras hablarlo, no se les ocurrió nada mejor que dejarlo estar. Valía más que los padres de los críos no supiesen nada, que lo pasaran mal pero que todo tuviese algún tipo de final feliz, a fastidiarlo todo y ese final acabar en sangre, aparte que, Julen no sabía cómo se llamaba siquiera la calle donde vivía con sus padres, así que, ni llamadas, ni mensajes, ni cartas.

Anaïs tomaba el volante, con Maite de copilota, y Raúl atrás con los niños, y, haciendo que éstos tuviesen un trayecto un poco entretenido, les hacía burlas, cosquillas, les contaba chistes malos, y les abrazaba.

Con Julen funcionaba todo aquello, no así como con Tatiana, quien, a pesar de que para su baja edad tenía una fortaleza digna de admirar, no salía del shock por el que había pasado hacía menos de 48 horas. Pero Raúl no se rindió y siguió prestando atención a la niña.

A medio camino ya estaban hablando de muñecas, de vestiditos, y, como si Raúl fuese un erudito del tema, hablaba con ella con total convicción, haciendo que Tatiana, por amplios instantes, olvidase inconscientemente aquello por lo que había pasado.

Fueron muchas horas de coche, pararon varias veces, a merendar, a estacionar, a hacer un pis, y, ya de noche, pernoctaron en las afueras de Livorno, en un motel de carretera bastante decente, a priori, donde cenaron productos de bolsas, tales como patatas, bebidas gaseosas y chucherías. La alimentación idónea para unos críos, pensó Maite, y rió sola.

Después de cenar, Anaïs, sacando de su mochila el mapa de Italia, les mostró dónde estaban, y les sugirió seguir bajando, pasarían por la Toscana, Roma, y el punto final podría estar en Nápoles. Raúl fue más allá, sugiriendo alguna zona menos urbanita, como era el caso de la Costa Amalfitana, a lo que las chicas asintieron enseguida.

—Daos cuenta de que no podemos ni parar en Roma un rato en plan turistas. Ir a grandes ciudades es asimilar un suicidio, y Nápoles es otra gran ciudad. Sugiero Amalfí, pueblo tranquilo, costero, no lejos de la propia Napoli, y tenemos dinero como para pasar, al menos el verano, sin tener miedo de nada.

—Por mí perfecto —Contestó enseguida Maite.

—Y por mí. Destino: Amalfi —Anaïs volvió a sonreír, mirando a sus nuevos amigos.

A la mañana siguiente, y tras una ducha muy necesaria, Maite cogió el coche y, tras subir los

demás, arrancó y puso rumbo a Amalfi. Estaban esperanzados, ilusionados. Se podría decir que tenían una oportunidad de no estar huyendo de gente que ni sabían siquiera si podría haber alguien del Club en ese mismo motel, o pasando en coche junto a ellos. Iban a ciegas, y el temor a que les pudiese pasar algo, era de obligado sentimiento latente.

Livorno estaba separado de Amalfi por 600 kilómetros, y Maite se guió por el GPS, que le guiaba por la A1. Sugirió turnarse con Anaïs para conducir, ya que Raúl carecía del carnet y no querían más líos.

El viaje fue largo, caluroso, pero sobre las cinco de la tarde habían llegado a aquella pequeña localidad amalfitana, que sedujo a los chicos a los pocos segundos de llegar a la plaza principal del pueblo, pegada a la costa, con la catedral al fondo. Un paraíso.

En lo que buscarían un piso, cogieron dos habitaciones de hotel, en un hotel de tres estrellas con vistas al mar, en una situación inmejorable.

La tranquilidad acababa de empezar, y la esperanza de poder vivir tranquilos se mantenía muy viva en aquel momento.

Raúl supo que, de una u otra manera, no duraría demasiado todo aquello, y supo que debía aprovechar el momento. Su momento. Por fin libre, con gente nueva, pero a quienes había cogido cariño y se sentía seguro y a gusto con esa nueva gente.

3. MATANDO CABOS

Martes 30 de abril, 2019.

La mañana del 30 de abril, por fin, el Profesor, al revisar su acceso privado dentro de la red profunda, había recibido mensaje de ‘Monsieur P’ con los datos de Anaïs Baudin.

Diplomada en filología hispánica, trabajó nada más y nada menos que en el Museo del Prado, hija de François y Annette. François Baudin, para sorpresa del propio Profesor, había creado una de las marcas de ropa más importantes a nivel mundial. Su propia esposa tenía vestidos glamourosos de Colette.

—Pareces una chica lista, Anaïs. Veremos qué pasará dentro de poco contigo.

El Profesor, ante su habitual soledad, ya estaba más que acostumbrado a hablar solo en ciertos momentos, y aquel instante le dio lo suficiente a la cabeza como para mantener una conversación avanzada consigo mismo.

—Briana, ven.

La mano derecha de ‘M’ apareció por la puerta, y el Profesor le enseñó la ficha de Anaïs Baudin desde la pantalla del ordenador.

—Habla con quien ya sabes. Quiero que esta chica tenga una sorpresa en los próximos días allá donde esté.

Palabras más que suficientes para que Briana supiese a quién tenía que llamar, qué tenía que mandar hacer a ese alguien, y, aunque ignoraba qué pasaría con aquellos cabos sueltos que habían logrado escapar de la Fiesta Roja, sabía que no llegarían demasiado lejos.

El ordenador del Profesor escondía demasiados secretos que, bajo ningún concepto, deberían ser desvelados, y él era consciente de todo aquello. Era el jefe, una cara invisible para otros miembros del Club, pero no era más que un títere en manos de otro alguien que le había otorgado el poder de guardar esos secretos reales que superaban cualquier ficción. Chanchullos, escándalos, chantajes. Todo cabía dentro de la superdotada mente de ‘M’, y, siempre, en sus más de quince años al servicio del Club, había sabido manejarse con suma discreción, fidelidad y fraternidad ante los centenares de miembros de aquel exclusivo Club al que solo las altas esferas podían pertenecer.

Sólo ‘M’ conocía los nombres de todos y cada uno de los 483 miembros de la sociedad más delicada de la historia de la humanidad. Él administraba los contactos españoles, y no tenía acceso a miembros de otros países, pero conocía a los tesoreros de cada país. ‘Monsieur P’ era uno de ellos. No se habían llegado a conocer en persona, pero si tenían algún problema o duda, lo solucionaban pidiéndose mutuamente el favor, como fue el reciente caso de Anaïs. Al igual que ‘P’, el Profesor había pedido favores exclusivos a ‘Direktor G’, o a ‘Compagno K’, los peces gordos del Club en Alemania e Italia, respectivamente, así como ellos también tuvieron algún que otro ligero problema, y siempre se ayudaban entre ellos.

‘M’ tenía un jefe, y un contrato vitalicio que juró cumplirlo con su propia sangre, en el que no podría salir, jamás, bajo ningún concepto, ningún secreto, ni personal, ni de Estado, ni sexual. Ninguno era ninguno, ni el más ridículo de los secretos que su caja fuerte en forma de cerebro poseían en su interior. Ni tan siquiera que ‘M’ tenía un jefe. Su contrato, escrito mano a mano entre

el principal valedor de todo aquello y él, figuraba que él, desde el momento de poner su sangre en el papel, pasaría a llamarse ‘M’, su nombre auténtico pasaría a mejor vida, tomaría un nuevo nombre, falso en toda regla, pero legal ante la ley, tendría su falsa nueva familia, y nunca más hablaría con nadie sobre su vida pasada. Briana sospechaba que el Profesor un día pasado fue algún miembro importante del CNI, pero no las tenía todas consigo acerca de esa leve sospecha. Ella sí sabía que su familia no era tan idílica como parecía. Una ligera metedura de pata por parte de ‘M’, y que, si su jefe se enterase, posiblemente habría algún problema.

Esa mañana de finales de abril, el Profesor tuvo, como le ocurría en contadas ocasiones, la indagadora necesidad de conectarse a la base de datos del Club para saber sobre el pichichi de la liga, que dos días antes había metido un hat—trick, y que sabía a ciencia cierta que Romualdo formaba parte del Club, sabía sobre la orgía de sangre que montó en su chalet con tres amigos y varias prostitutas. A una de ellas la violó a cuatro patas, y mientras eyaculaba, la mató de un tiro en la nuca. A las otras cinco, las puso en fila, y al grito de Heil Hitler, las dispararon entre los cuatro amigos. Lo peor de todo era que ‘M’ tenía que pasar muchas veces por cosas desagradables que hasta al hombre más retorcido del país le parecían asquerosas. Todo pasaba por el Profesor. Nadie podía mentir, puesto que el Club se negaría a hacer la “limpieza” de sangre pactada. El contrato era un quid pro quo: “Tú me lo cuentas todo y yo limpio tu mierda”. Y el Club tenía gente que se dedicaba a ello, a escuchar, a anotar todo como y cuando ocurría, a profesionales de la limpieza que dejarían las escenas de crímenes como los chorros del oro. El tema administrativo también lo controlaba, cómo no, ‘M’. Chico mutilado en la Mansión de los Campaña, pues chico desaparecido, visto por última vez en Toledo. Tenían todo organizado, y no se les escapaba nada dentro de la escalera piramidal que formaba ese amplio Club, y por el que sus miembros pagaban una cuota nada asequible mensualmente. Algunos incluso pagaban un plus por sadismo extremo.

La pirámide del club variaba, pero el escalón más bajo eran los limpiadores, expertos limpiadores. Era el grupo más numeroso de trabajadores del Club. Muchos de ellos habían sido policías violentos a quienes el propio cuerpo de seguridad del Estado les había expedientado, y, en consecuencia, suspendidos de empleo y sueldo. Me das la placa y la pistola, te doy una palmadita en la espalda, gracias por tus servicios, pero por aquí no vuelvas. Ley de vida.

Los asesores e investigadores que interrogarían al miembro eran los siguientes en el escalafón. Médicos, psiquiatras, enfermeras, formaban parte también de aquella asociación tan misteriosa que no portaba nada bueno, y, solo tal vez, en el límite del bien y del mal, estaban ellos, el personal médico, a quienes el juramento hipocrático les obligaba a sanar hasta al miembro más cruel y sanguinario si resultaba herido.

Los sicarios, asesinos a sueldo contratados vitaliciamente por parte del Club, eran los encargados de acabar con algún que otro cabo suelto que les había dado, de momento, pocos quebraderos de cabeza a ‘M’. Eficaces, muy eficaces. Cualquier trabajo lo finiquitaban en cuestión de días, y lo mejor, sin sospechas por parte de ningún civil. Jamás un trabajo les había dado mayor problema que el del momento de ejecutar, en ocasiones, a víctimas inocentes que tan solo pasaban por allí, pero estaban más que acostumbrados a ello y lo trataban con absoluta profesionalidad. El cartel de Medellín había ayudado bastante a soltar sicarios para inculcar a otros nuevos miembros del colectivo de asesinos del Club.

Y antes, justo antes del punto más alto del escalafón piramidal, estaba gente como Briana. En cada ciudad española había una Briana, pero, para ‘M’, no había dos como ella. Era única, una auténtica perra fiel que moriría y mataría a partes iguales por su amo. Los encargados de distrito eran quienes hacían notificar todo al gran jefe, a ‘M’. Sin embargo, a quienes narraban todo, era a la propia Briana, y a su vez, ella se encargaba de anunciarlo al Profesor, al igual que la mañana en

que le fue contado el problema con la casa guipuzcoana, donde había perdido a su buen colega, el doctor Cebrián.

Markel Gorriti había llamado temprano a Briana para contarle lo sucedido, aunque bastante a ciegas, sin saber si todos los miembros habían muerto, 'M' sabía que no podrían haber sobrevivido ante aquella explosión, y, en efecto, dos días después, el equipo médico, judicial y bombero, sentenciaron que allí había ocurrido una barbarie, con tiros en la cabeza, y que nadie había sobrevivido. 'M' tuvo que dar cuentas a su gran jefe, el cual únicamente le exigió cabezas.

—Las cabezas van a empezar a rodar.

'M' llamó de nuevo a Briana.

—Dígame, señor.

—Quiero muertos a todos los familiares de los hijos de puta que han herido a nuestros compañeros. Envía la orden. Ya.

—Ahora mismo, señor. La orden de finiquitar a los Baudin la han recibido Ramírez y Valencia. Ya se dirigen a Francia para llevar a cabo su trabajo.

—Perfecto. Cuando terminen, me lo haces saber. Cierra al salir.

El Profesor siguió mirando los datos actualizados de otros futbolistas, y no pudo evitar reírse mientras leía los expedientes digitales. La puerta se cerró, y 'M' quedó nuevamente solo en su despacho, afrontando lo que en las próximas horas serían adorables noticias para él, donde los cabos sueltos quedarían atados, matados y rematados.

4. UNA MUERTE ACCIDENTAL

Domingo 19 de mayo, 2019.

Raúl, Maite, Anaïs, Tatiana y Julen tomaban unos batidos y zumos naturales en una gelateria típica y artesanal italiana, a apenas 50 metros del mar. Una estampa idílica para cualquier ciudadano. Los chicos ya se habían asentado en el pueblecito mediterráneo. Habían encontrado un pisito en alquiler un mes atrás, sin preguntas por parte del dueño, a quien habían pagado más del doble sobre el precio pactado por el propio casero, algo que le había resultado extraño, pero el dinero extra nunca venía mal, sin contrato de arrendamiento, sin nombres reales, un contrato ilegal a efectos de la ley italiana, pero sin huellas del paso de los cinco por Amalfi. Si ellos no decían nada acerca del contrato verbal y pirata, él tampoco diría nada y todos saldrían ganando. El piso no era nada lujoso, 60 metros cuadrados, dos habitaciones, un cuarto de baño, y un salón comedor con cocina americana. Suficiente para todos ellos. Raúl dormía en el cómodo sofá de tres plazas que resaltaba el salón y aunque estaba a apenas 4 metros de la abierta cocina que colindaba el propio salón, al chico no le importaba en absoluto. Julen y Tatiana dormían juntos en la habitación infantil y las chicas, juntas en la cama matrimonial de la habitación grande. Todo muy familiar.

Aquella mañana, una llamada alteró la paz que Amalfi les había regalado.

Anaïs portaba el único teléfono móvil que llevaban encima los chicos. Un teléfono sencillo, sin internet, nada de smartphones ni teléfonos de alta gama, perfectos para ser encontrados en cualquier parte del Planeta. Su número lo tenía memorizado los padres de la chica, así como un primo de su madre. Ni siquiera los padres de Raúl sabían nada del chico por motivos obvios.

Esa llamada. Esa maldita llamada...

—Alo. Oui. Ce n'est pas possible —Anaïs colgó el teléfono y se puso a llorar.

—¿Qué ha pasado, Anaïs? —Se interesó Maite. Raúl se preocupó por aquella situación también.

—Han asesinado a mi padre.

Didier, el primo segundo de Anaïs y primo hermano de Annette, fue quien le comunicó la noticia. Su padre había muerto en un incendio accidental. Aún se investigaban las causas, pero, por el momento, todo hacía indicar que había sido algo fortuito y no provocado. Annette llevaba días en paradero desconocido. Anaïs sospechaba que su padre habría pedido a su esposa marchar unos días fuera, ante la posibilidad de que algo pudiese ocurrir, y, sin ir más lejos, Didier le contó a su prima que, de encontrar alguna prueba, la policía mandaría una orden de busca y captura contra Annette, la única sospechosa de aquel incendio.

Los compañeros de Anaïs abrazaron a la chica y le mostraron todo su apoyo, algo que ella, entre lágrimas, agradeció profundamente.

Tocaba duelo, apoyo constante, y Raúl no dejaba de pensar en sus padres. Ellos estaban en peligro, lógicamente, al igual que los padres de los niños. Nadie del círculo de los cinco compañeros de viaje estaba a salvo.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, os guste o no, hay que hacer algo —Raúl se automotivó aún más mientras sacaba de su boca esas palabras.

—¿Cómo? Creo que ni nosotros aún somos conscientes de a qué nos enfrentaríamos.

Solamente podemos escondernos, estar lejos de ellos —Maite replicaba.

—Nunca estaremos lejos de ellos, y huir no es una opción. Maite, tienes muchos contactos en la cárcel, y yo también los tengo. Nos queda por narices aferrarnos a ciertas cosas del pasado.

—Está muy bien que quieras hacer algo, pero somos hormiguitas para ellos, dan un paso, nos pisan y nos revientan, ya oíste a Cebrián, son un Club de locos poderosos, gente famosa, con mentalidad muy enfermiza, políticos, ni siquiera sabemos qué puede haber ahí metido. Ser valiente no es siempre ser sensato, Raúl.

—Raúl tiene razón —interrumpió Anaïs—. Han matado a mi padre, a mi madre tarde o temprano, si no hacemos algo la encontrarán. Ni siquiera sabemos si vuestros familiares siguen vivos. Esto es algo de muy alto nivel, pero tengo dinero, y el dinero mueve al mundo.

—Tienes el dinero que está en el piso, si la casa de tus padres se ha quemado, no se puede hacer más por él.

—Tienes razón, aunque sé que la caja fuerte es resistente al fuego.

—Ignífuga, sí, ¿y? ¿cómo te arriesgas a ir al pueblo sabiendo que esta gentuza está al acecho?

—Maite seguía convencida de que todo aquello no era más que una pésima idea.

—Nadie puede esperar que volvamos a Les Angles, sería tonto pensar que cinco personas, las más buscadas por esa gente, vayan al mismo lugar donde han asesinado al padre de una de ellas.

—Vamos a valorarlo, Anaïs, pensémoslo bien, no a lo loco y en caliente, hazme caso, esta noche lo hablamos todo bien y si seguís convencidos, iré con vosotros al fin del mundo, pero pensemos todo bien, con cabeza.

5. BRIANA RAMOS

La mano derecha del Profesor ‘M’ se había criado entre máquinas para mayores de edad. Su padre, Manuel Ramos, había sido un reputado magnate de los bingos que dominaban las salas adultas españolas, allá por los años 70. Tras haberle sido diagnosticado un cáncer terminal de pulmón, peleó por pasar a la historia por poseer la ciudad del juego. El Gobierno español tumbó todos esos esfuerzos para que, a las afueras de Madrid, crease un complejo lugar para el juego, el vicio y el pecado. Poco después de que su última gran jugada maestra se fuese al traste, empeoró y en cuestión de días tras ser hospitalizado, falleció, dejando a Briana como única heredera de una fortuna que superaba los 800 millones de euros.

Pero Briana, a pesar de tener poder, lujos y privilegios, no se quiso dar por vencida, ni vivir a costa del dinero de su padre, e invirtió gran parte de su tiempo —y dinero— en prepararse para estar cerca del Gobierno central. Su premio fue conocer a ‘M’, un señor casado, con hijos, con una vida anterior oculta, oscura, pero de quien se ganó su plena confianza desde la cama hasta los despachos.

Briana era ninfómana, y us casi 60 años no eran impedimento alguno para seguir disfrutando del buen sexo, y a que los hombres aún la mirasen por la calle, dada su aún atractiva imagen, fruto de sus múltiples operaciones de cirugía estética. Por su vida pasaron, entre otros, un futbolista de talla mundial, un presentador de informativos de televisión, un alto ejecutivo de una de las mayores empresas farmacéuticas mundiales y hasta la alcaldesa de una de las ciudades más importantes y transitadas del país. No hacía distinción de géneros. Su bisexualidad le hacía disfrutar plenamente de los placeres de la carne.

Todo cambió cuando se acostó por primera vez con ‘M’. Su perversión fue en aumento cuando el Profesor le pidió azotarla, algo que ella no pudo evitar aceptar, sin saber si por curiosidad o por el morbo del momento, y esa noche acabó con glúteos, pechos y piernas con heridas a carne viva.

La experiencia no fue del todo de su agrado, y así se lo hizo saber al Profesor, quien le sugirió conocer más gente para poder disfrutar del deseo más extremo junto a ellos. Briana, por supuesto, aceptó.

Los tríos llegaron a ser algo muy cotidiano en su relación sexual, pero, para ‘M’, la penetración a su amante era únicamente cosa suya. Hombres o mujeres, daba igual, pero la entropierna de la mujer era exclusiva, llevaba su nombre, y ella también había aceptado ser solo suya. El morbo voyeur acabó siendo una práctica tan usual que llegó un momento en que, cuando estaban ellos dos solos haciendo el amor, sin alguien que mirase ya no era lo mismo.

Jamás repitieron con nadie, sin embargo, hubo un chico aniñatado, con cara de inocente, que a Briana le había puesto muy cachonda, y le pidió a ‘M’ volver a contar con él, pero el Profesor se negó rotundamente, algo que a Briana molestó profundamente, tanto que, durante un tiempo, no quiso volver a acostarse con su futuro jefe.

Tras una llamada, unas semanas después, ‘M’ insistió en quedar con su amante, pero ella seguía negando su cuerpo al hombre ante tales rechazos a sus instintos sexuales, y, para sorpresa, junto a él estaba Maikel, el niñatillo que tanto le ponía a la mujer que observase cómo su amante

la penetraba. Ese momento cambió su vida para siempre.

Esa noche pudo haber sido mágica, especial, sin duda más que otras veces, pero ‘M’ se encargó de que no fuese así.

‘M’ se sentó junto a Maikel para ver cómo Briana se masturbaba para ellos. La propuesta del Profesor había sido la de no tocarse más que a ellos mismos. Briana estaba abierta de piernas frente a ellos mientras observaba cómo se masturbaban mirando el cuerpo desnudo de la mujer. Maikel tenía un miembro viril tan gordo y grande que Briana no podía dejar de mirarlo. ‘M’ también se tocaba, pero con menos gracia. Cuando Briana comenzó a gemir en detrimento de la baja autoestima sexual que el Profesor tenía en ese momento, éste sacó de detrás de la silla un mazo, se levantó y dio un golpe en la cara del chico. Briana se asustó y gritó.

—Sigue y no pares hasta que te hayas corrido. Es una puta orden.

Briana obedeció mientras ‘M’ desfiguró por completo la cara de Maikel, a lo que, no contento, siguió pegándole hasta reventar sus sesos. La mujer estaba asustada, pero sabía que no podía parar. Sentía pánico, pero, lejos de perder el control, tuvo un orgasmo tan salvaje que se había hecho pis encima.

‘M’, repleto de sangre, se acercó a la mujer.

—Ponte a cuatro patas. Ya.

Briana se dio la vuelta y obedeció, y ambos, tras un rato de sexo salvaje, tuvieron uno de los mejores momentos sexuales que recordaban. La postura del perrito y cuando ‘M’ obligaba a su amante a ponerse encima de él y cabalgar hasta correrse eran pura excitación sin límites para ella, y esa noche, si algo había desaparecido, eran sus propios límites.

Se ducharon, se asearon bien, y ‘M’ llamó a un limpiador profesional. Briana sospechaba del gran poder del Profesor, de quien no sabía nada, ni siquiera su nombre real. Lo conocía por Mariano, pero estaba claro que era un nombre ficticio, él mismo lo había declarado, y así quedó siempre el tema. Pero esa madrugada, Briana conoció los entresijos de algo mucho más poderoso de lo que ella misma habría intuido jamás. Estaba ante algo muy grande, y el Profesor le ofreció trabajar para él. Había leído informes de la mujer, y sabía que sería de su plena confianza. La prueba final había sido matar al niño delante de ella y comprobar si sería capaz la mujer de subirse al carro. Necesitaba una ayudante de tú a tú, puesto que alguien con su trabajo no podía exponerse ante nadie, todo mediante papeles y llamadas con distorsionador de voz, algo que empezaba a ser cansado, y Briana era la mujer perfecta con quien sus súbditos hablarían. Hasta entonces, nadie de su trabajo lo había visto, y él quería y sentía la necesidad de ser así, al igual que su propio jefe, que únicamente él sabía quién era, ‘M’ sería el mejor secreto de Briana. El Club era una modernidad, apenas acababa de nacer como tal, y sabía que tenía, a juzgar por la vida de la mujer, a la mejor a su lado.

Los años pasaron, y el Club pasó de tener poco más de 30 miembros poderosos a ser más de 400 los susodichos que habían sido contactados por la sociedad secreta más oscura del país, y Briana tuvo gran culpa de ella, ganándose el título personal para ‘M’ de la persona de más confianza dentro del edificio más alto de Madrid.

Su relación como amantes seguía fuera del trabajo. ‘M’ tenía una doble vida: con su mujer y sus dos hijos, y con Briana. Con su esposa ni siquiera tenía trato, fue algo así como un matrimonio de conveniencia, de falsas apariencias, y, a pesar de haber tenido dos hijos con ella, la relación seguía siendo nula. Con Briana, desde el asesinato de Maikel a sangre fría, todo había cambiado y ella comenzó a sentir también la sed de sangre y semen que recorría las relaciones con su compañero sexual. Desde la muerte del niño, habían matado juntos a decenas de personas, saciando sus ansiedades más ocultas de la manera más sanguinaria que ellos mismos habían

soportado. ‘M’ era un depredador del mal gusto por el sexo más macabro, y Briana sentía ese morbo sádico acumulado en su vida para dar más sentido a sus orgasmos, y, aunque solamente mató una vez, disfrutaba viendo cómo asesinaba su propio amante a sus otros amantes eventuales. Briana había asesinado sin aparentes remordimientos a una veinteañera a quien había obligado, mientras ‘M’ se masturbaba delante de ellas, a hacerle un cunnilingus, y, mientras la mujer llegaba al orgasmo, sacó de dentro de las sábanas un cuchillo de grandes dimensiones, y fruto de la excitación, del momento, del propio orgasmo tan fuerte que estaba padeciendo, le clavó el cuchillo en la sien de la chica, saliendo la punta del cuchillo por la garganta de la chica, que cayó al suelo de manera fulminante. Raudamente se acercó ‘M’ para lamer el líquido orgásmico de la mujer, incluso rastros de la sangre reciente de la chica por la pierna de Briana. Tras ello, se ducharon, y, como una rutina, llamaron a los limpiadores. Briana había disfrutado muchísimo, incluso había sentido la necesidad de clavar ese cuchillo tal como lo hizo, mientras la sangre de la joven invadía su espalda y, cuando yacía muerta ya en el suelo, ella tuvo la osadía de haber seguido disfrutando mientras su amante lamía hasta la última gota de flujo. Pero le pidió a ‘M’ que las muertes fuesen cosa de él, que ella no mataría más, que le daba mayor morbo que el asesino fuese su compañero sexual. El Profesor lo aceptó sin más miramientos.

Para cualquier problema, Briana estaba siempre dispuesta a solucionarlo, y lo lograba con o sin ayuda, pero aquel contratiempo que se les presentó la mañana de primavera en que conocieron la noticia de las muertes de Cebrián y su esposa Nekane —así como de otros miembros importantes del distrito de Guipúzcoa—, estaba por encima de cualquier otro que, en más de diez años dentro de esa sociedad secreta, habrían podido tener. La mujer supo que, o ataban los cabos sueltos, o tendrían un problema mucho mayor del que ellos mismos imaginaban.

6. CHIASSO

Miércoles 22 de mayo, 2019.

Anaïs, Raúl y Maite llevaban tres días pensando qué hacer, cómo actuar, a quién acudir, cuando la francesa les habló de su ex pareja, Yassir, francés de origen argelino con quien salió en su época de estudiante y con quien aún tenía una buena relación.

Yassir había escrito un libro que inspiró a multitud de refugiados e inmigrantes a vivir tal como dictaba la vida y no las religiones. El joven argelino, desde que llegó a Francia, había sido un rebelde con las leyes islámicas, había descubierto la civilización occidental, y le gustaba su manera de pensar, de actuar, de vivir, tanto que comenzó a ser, de la noche a la mañana, y haciendo caso omiso hacia el adoctrinamiento de sus propios padres en su país de origen, un ciudadano más, sin más leyes que las que exigía su país. Si quería comer buen solomillo de cerdo, lo comería, y, para sorpresa, la primera vez que probó el jamón, le maravilló y no pudo volver a rechazar semejante manjar. El libro fue publicado bajo el pseudónimo de Mötley Abbäs, haciendo descarada referencia al grupo musical Mötley Crüe que tantísimos momentos positivos le había brindado su música, y un nombre propio que en su país significaba “león”, debido a que se sentía como tal, un león que tenía su propio reino en su corazón y no se le podría destronar de cualquier manera. Tras la publicación del mismo, el Estado Islámico pidió la cabeza del hereje Abbäs, y Yassir se mudó a Suiza, donde encontró trabajo en una sucursal bancaria, viviendo en paz desde aquel entonces.

Anaïs les habló de Yassir como una persona de su plena confianza, y, aunque Maite y Raúl se mostraron más bien indiferentes, la francesa les pidió cabeza. No podían jugársela en España con dos niños pequeños. No había elección, y fuera de sus propias fronteras, el único apoyo con el que Anaïs podría contar era Yassir. Sí o sí.

La jurista y el veinteañero acabaron cediendo, y esa misma tarde pusieron rumbo a la frontera suiza. Anaïs no tenía manera alguna de avisar a su amigo, por lo que aparecerían de improviso por allí. La chica conocía la residencia de su amigo por las múltiples veces que había estado allí, por lo que no iban a ciegas. Raúl, durante el trayecto, no pudo evitar preguntarle a Anaïs por el lugar al que se dirigían.

—¿Y a qué zona de Suiza nos dirigimos exactamente?

—Chiasso.

—Ni me suena.

—Es un cantón suizo, Raúl, está en la frontera, estamos a unas cuatro o cinco horas. Por la noche estaremos allí, y no hay fronteras, así que no os pongáis nerviosos, a veces hay policía de fronteras, esperemos que hoy no sea el caso.

—Anaïs, los niños no tienen documentación.

—No creo que pase nada, Raúl, tranquilo, si vemos policía, algo haremos, hemos salido de cosas peores semanas atrás.

Raúl continuó con sus preguntas, mientras Maite aprovechaba el trayecto en la parte trasera del coche junto a los niños, para echar una cabezadita. Anaïs le contó un poco más acerca del pueblo donde pasarían la noche. Chiasso era un pueblo pequeño reconvertido en comuna,

unificado a otros dos pueblos. Allí todos se conocían, sin embargo, vivían su vida, no había curiosos tan descarados como en otros pueblos españoles. Eso le sorprendió a Raúl, quien pensaba que España era un país donde incluso en cualquier barrio de cualquier ciudad, los vecinos todo lo tenían que saber, preguntaban hasta la saciedad, y ya tomaban su veredicto sobre si un vecino nuevo era o no persona grata. En apenas cinco minutos ya lo sabían todo, fruto de sus instintos reporteros, algo que a Raúl le angustiaba cada vez que, de más crío, tenía que ir al pueblo burgalés de su madre. Chiasso podría ser un buen paraje para un futuro, si es que salían del embrollo en el que se habían metido.

Anocheía, y entre Italia y Suiza tan solo había unos metros. En la frontera había una garita inerte, sin uso, que ya debieron haber quitado años atrás y por alguna razón no lo hicieron, al igual que en la frontera de Francia con España, o cuando de Les Angles marcharon para Italia, allí no había nadie, por lo que el paso fronterizo hacia Suiza fue un abrir y cerrar de ojos para tranquilidad de Raúl, el más reacio de los tres a sucumbir a los encantos de un pueblo de apenas ocho mil habitantes.

Anaïs aparcó el coche junto a la Iglesia del pueblo. A pocos metros estaba el piso de Yassir. Todos salieron del coche y se dirigieron al portal del argelino. La chica llamó al timbre, y una voz masculina contestó en francés.

—¿Allô?

—Bonsoir, Yassir, je suis Anaïs.

La puerta se abrió, y los cinco subieron hasta el segundo piso, puerta de la derecha, donde Yassir esperaba incrédulo en la puerta del piso a su amiga del alma. Al llegar, ambos se fundieron en un abrazo, y, mientras él preguntaba qué hacía allí sin avisar, ella le presentaba a sus compañeros de viaje. Yassir les invitó a pasar, y allí, Anaïs le contó al joven los problemas que habían padecido los últimos meses.

Yassir, desconcertado, ofreció algo de beber a sus inesperados invitados, y sacó zumos y refrescos de cola de la nevera, que gustosamente aceptaron.

Anaïs le contó a su amigo que no podían huir, le contó lo que había sucedido con François, a quien Yassir adoraba como persona, y que no pudo evitar soltar alguna lagrimilla, y éste ofreció su apoyo para lo que fuese, por lo que ella aprovechó la situación para pedirle que se quedase con los niños. Le contó la situación traumática por la que habían hecho pasar los degenerados de quienes le había hablado a la niña, lo que pretendían hacer con el niño, con ella, y lo que hicieron con Maite, quien, ahí donde la veía, estaba destrozada a pesar de intentar estar fresca día sí y día también. La niña también había cambiado. Se había convertido en una niña triste, sin ánimos, sin ilusiones, a lo que Yassir prometió ayudar a los críos. Él estaría a su lado en todo momento, les haría reír, les haría sonreír, jugaría con ellos, y los cuidaría como si fuese su propio padre. Anaïs abrazó nuevamente a su amigo y, dándole un beso en la mejilla, le agradeció ser como es.

Los chicos cenaron con Yassir. Éste había preparado unos bocadillos de jamón y queso, y, tras cenar, Anaïs, Raúl y Maite se despidieron para poner rumbo a España.

Raúl abrazó a los niños y les prometió que todo saldría bien. Ellos respondieron el abrazo del chico con otro igual o incluso más fuerte.

—Tened cuidado, Raúl, quiero volver a verte —Tatiana se puso triste y soltó no pocas lágrimas antes de despedirse de su gran amigo.

—Te prometo que me verás muchas veces más, cariño. Tú ayuda a Yassir, que es un buen chico y os va a cuidar muy bien, pero lo primero es que seas fuerte, siempre.

Yassir abrazó a Anaïs, y ésta le correspondió con un beso en los labios. Maite y Raúl también se despidieron del argelino, agradeciendo al chico la ayuda con los niños.

Anaïs, antes de marchar, se despidió de los niños, y, sabiendo que Yassir lo rechazaría, le dio un fajo de billetes a Tatiana.

—Guárdalos debajo de la almohada y mañana se lo das a Yassir, que hoy me lo rechazaría, seguro.

Los tres bajaron las escaleras y se dirigieron al coche. En el segundo piso, en el balcón, Yassir, Tatiana y Julen despedían a sus amigos. Anaïs se puso al volante, y arrancó el coche. Maite iba de acompañante, y Raúl en la parte trasera.

—Si no os parece mal, vamos a cambiar de coche, llevamos mucho con este y estamos jugando con fuego.

—¿Dónde? A estas alturas ya podíamos haber tenido problemas, y no ha sido así —replicó Raúl.

—Dijon. Dejaremos el coche allí, abandonado, estamos a un par de horas, quizá tres. Dormiremos un poco, y a primera hora cogeremos un bus hasta Saint—Étienne. Allí cogeremos un coche de renting y mañana mismo por la tarde estaremos en España.

—Usted manda, mademoiselle. Si a Maite le parece buena idea, y no hay más remedio, pues a mí también.

—Hasta la muerte con Anaïs, amigo —Maite estaba seria, pero satisfecha con su propia respuesta.

7. A LA CAZA DEL DÉBIL

Jueves 16 de mayo, 2019.

Hacía más de un mes que Pedro había denunciado la desaparición de su hijo Raúl, y, sin resultados ya fuesen positivos o negativos hasta la fecha, se había encargado de investigar por su cuenta qué habría podido pasarle a su hijo. Sus familiares también se habían involucrado en la búsqueda del chico, al igual que compañeros suyos de la cárcel que ya estaban en libertad, vecinos, y desconocidos que pretendían ayudar.

Todo fue en vano, de la consulta del doctor Samuel Cebrián no llegaron a más hasta que, días atrás, una llamada anónima le dio alas.

La persona al otro lado del teléfono había visto a Raúl acompañado por un señor, presuntamente el doctor, en Gaintxurizketa, saliendo del tren, e instó a los padres del chico a reunirse con él, pero solos. La voz anónima les indicaría hacia dónde se dirigieron antes de que el chico desapareciese.

Pedro pensó que aquel hombre que le había llamado tendría la respuesta, y supo desde un principio que sabía más de lo que decía. Quizá estuviese involucrado en la desaparición de su hijo y de alguna manera querría enmendar su acción. Todo era confuso, pero Pedro sabía que debía acudir a la cita, por lo que instó a su esposa a acudir junto a él. Ella, por supuesto, accedió instantáneamente, por lo que prepararon la cena juntos, cenaron y se metieron temprano en la cama. Ambos intuyeron que, el día siguiente, sería un largo y duro día, con más bien pocas esperanzas de ver a su hijo con vida, ya que las semanas que habían pasado no ayudaban a mantener un ápice de esperanza.

Viernes 17 de mayo, 2019.

Pedro había quedado con la persona anónima a primera hora de la mañana en la misma estación del tren. Junto con su esposa, cogieron el topo, un tren que salía de la estación de San Sebastián a las 9:45 de la mañana, y llegaba a Gaintxurizketa pocos minutos después de las 10 de la mañana.

Era un apeadero tranquilo, por lo que no esperaban a nadie más que al hombre misterioso del teléfono. Al llegar, no vieron a nadie, y Pedro guió a su mujer hacia la casa blanca y verde situada justo detrás del apeadero. Allí esperaba un hombre de unos 40 años de edad, muy tranquilo y sosegado, sin moverse siquiera al ver al matrimonio. Se acercaron a él, y sin mediar palabra, el hombre les saludó de manera fría.

—Síganme. Sé dónde está su hijo. ¿Han venido solos?

—Sí, estamos mi mujer y yo, nadie más.

—¿Sabe alguien más que están ustedes aquí?

—No, tal como usted me pidió, sin policía, sin nadie más que mi esposa y yo. ¿Cómo sabe dónde está nuestro hijo?

—Sin preguntas. Ustedes me siguen y yo les doy la respuesta.

Caminaron durante un buen rato, hasta que llegaron a lo que había sido una casa bastante lujosa a juzgar por el terreno y el estilo. La casa estaba arrasada.

—Esta es la casa de las noticias, la que se quemó con varias personas dentro. No me diga que Raúl...

—Sin preguntas. Punto final. Yo les contaré lo que sé.

Tras un breve pero intenso silencio, el hombre comenzó a hablar.

—Mi nombre es Javier Santana. Me dedico a limpiar la mierda que en la empresa para la que trabajo van dejando. Su hijo Raúl estuvo aquí, pero no se quemó. Él fue artífice del asesinato de una decena de personas aquí dentro.

—Mi hijo sería incapaz de matar a una mosca. Fue acusado de algo que ni siquiera hizo — Pedro empezó a sentirse herido emocionalmente y no pudo evitar contestar.

—Su hijo iba a ser asesinado en el sótano de esta casa. Él y cuatro personas más. Y él lo impidió. Ustedes lo catalogarían de héroe por lo que hizo, pero mis jefes no opinan igual.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Pertenezco a una asociación mucho más poderosa de lo que ustedes jamás imaginarán.

Santana sacó en ese momento una pistola, y apuntó hacia Manuela.

—Ahora, díganme realmente qué saben del paradero de su hijo.

—¿Está usted loco? ¿Apunta a mi esposa con una pistola aun sabiendo que somos nosotros los que necesitamos respuestas y nos pregunta lo único que queremos saber?

—Su hijo ha dejado un agujero que tenemos que solucionar. Mató a varios de los nuestros y escapó. Queremos saber a dónde.

—Aunque lo supiese no se lo diría, señor Santana o como se llame. Nos va a matar igual, lo veo en sus ojos.

Tras aquella respuesta, Santana apuntó a la cabeza de Manuela, y sin mediar palabra, pegó un tiro a la mujer. Antes de que Pedro pudiese reaccionar, apuntó concienzudamente al hombre e hizo lo propio con él. Un disparo en el cráneo fue más que suficiente para tumbar al hombre en milésimas de segundo.

El matrimonio yacía a las puertas de la casa calcinada donde semanas atrás había sobrevivido su hijo junto a cuatro personas más.

Santana cogió el teléfono e hizo una breve pero suficiente llamada.

—Jefa, trabajo terminado.

8. LA INCÓGNITA

Jueves 23 de mayo, 2019.

Maite conducía un Ford Focus que habían alquilado en Saint—Étienne a nombre de Anaïs. Ésta dormía en la parte trasera del coche, fruto del cansancio físico y emocional. Raúl, desde el asiento de copiloto, charlaba con su amiga sobre cine. A pesar de todo lo vivido con el doctor Cebrián, si algo le sirvió fue para conocer algo de cine independiente y clásico, por lo que el chico parecía casi un erudito en la materia, aunque, según las palabras de Maite, mucho le quedaba aún por aprender si realmente quería sentirse como un cinéfilo de pro.

Un cartel alentó a los chicos de que su fin de trayecto estaba cerca. La entrada al pueblecito fronterizo de Hendaya hizo que la jurista despertase a Anaïs nombrándola, y, con ayuda de Raúl, quien dio unos pequeños toques en la pierna derecha de la chica y fue cuando despertó de su letargo.

—Estamos llegando a la frontera, dormilona.

A los cinco minutos ya habían pasado la frontera española por la zona de Behobia, y los tres se preguntaban qué podrían hacer ahora. Raúl creyó que no sería mala idea dormir un poco, puesto que la noche cerrada se apoderó de la zona fronteriza, y Anaïs, que seguía agotada, lo agradeció. Maite les hizo sentir una vez más la realidad que les acorralaba.

—Vale, pero en el coche. Estamos en España, no podemos arriesgarnos a pasar la noche en un hotel o en un hostel. Aquí los datos quedan registrados. Mi casa no es segura, y en casa de Raúl tampoco sabemos qué ha podido pasar.

Maite aparcó en una zona para autocaravanas a escasos 50 metros de la frontera, y propuso cenar algo. Raúl se tomó aquella idea con satisfacción y fue él mismo quien se dirigió a un Burger cercano al parking donde estaban situados. Al cabo de 10 minutos tenía los menús en el coche. Cenaron rápido debido al hambre acumulado que levaban encima, y justo después de cenar Maite pidió a Anaïs que la acompañase detrás de unos matorrales a hacer un pis. Volvieron, y Maite reclinó el asiento. Raúl hizo lo propio, y se echaron a dormir.

El día siguiente podría ser duro y largo, por lo que un buen descanso no les iba a venir nada mal. Maite apagó la luz interior del coche, y se echaron a dormir en aquella tranquila zona que habían encontrado de la nada tras pasar la frontera.

Miércoles 24 de mayo, 2019.

Amaneció temprano aquel miércoles de finales de mayo, en un día que se intuía caluroso y soleado. Apenas eran las 7 de la mañana cuando Maite despertó de una noche de auténtica paz, sin pensar, sin actuar, sin más quebraderos de cabeza por unas horas. El despertar sería muy diferente a lo que había sido la noche.

—Venga, chicos, despertad, a ver si encontramos un sitio seguro para asearnos un poco y desayunar bien. Creo que sé lo que tenemos que hacer.

Los chicos despertaron, y sin mediar palabra, se pusieron el cinturón de seguridad, Raúl subió el asiento, y Maite arrancó el coche. Salió dirección opuesta a la carretera que los llevaría a la capital guipuzcoana, y paró en un hotel cercano a la frontera, donde desayunaron, se asearon un

poco por encima, y volvieron a partir hacia donde Maite tenía pensado presentarse.

—¿Dónde vamos, Maite? —Raúl, al igual que Anaïs, iban completamente a ciegas en aquellos momentos, pues durante el desayuno la mujer no les desveló su plan.

—Ahora lo verás, Raúl. Quizá no os guste mi idea, pero no se me ocurre nada mejor y tengo suficiente confianza sobre lo que voy a hacer.

Maite cogió el desvío a la AP—8, donde pocos kilómetros después estaba el peaje, que pagaron, poco más de un Euro, y siguieron rumbo a la capital, aunque, poco antes de llegar al barrio donostiarra de Amara, Maite se desvió hacia Intxaurreondo, un barrio periférico de San Sebastián, para posteriormente pasar de largo dicho barrio y dirigirse al barrio de Martutene.

—Maite, no me jodas —Raúl quedó muy preocupado con la dirección que estaba tomando la mujer.

—Confía en mí, Raúl, no veo otra solución.

—Primero, no quería volver a ver este edificio, segundo, al entrar, la Ertzaintza nos pedirá la documentación, estamos sobreexuestos ante la gentuza que nos busca y lo sabes.

—La documentación la rellenan a mano, y de cuando estuviste en tercer grado lo sabes bien de sobra. No se actualizan las entradas hasta el día siguiente. Tiempo más que suficiente para buscar una salida a todo esto.

Raúl aceptó sin más oposición la propuesta de su compañera. Enseguida llegaron a los alrededores del centro penitenciario de Martutene. Maite aparcó el coche en un pequeño descampado junto a una fábrica de coches y a unos 100 metros del centro.

—Cuando os pregunte el ertzaina qué hacéis ahí, decís que tenéis cita con la junta de tratamiento. Nadie os pondrá pegas.

Los tres salieron del coche, y, mientras caminaban hacia la entrada del centro penitenciario, Raúl seguía echando pestes por la boca.

—Tres países, casi dos meses por ahí fuera de casa para acabar así. No tiene sentido.

—Raúl, basta, por favor. ¿Confías en mí?

—Hasta el final, lo sabes de sobra, pero creo que te estás equivocando con esto.

—¿Qué pretendes? Seguir huyendo hasta que nos encuentren y nos peguen un tiro, que me vuelvan a violar, que te descuarticen estando vivo, o que la dulce cara de Anaïs quede destrozada a golpes mientras se ríen de ella, ¿no?

Raúl se encogió de hombros.

—Chico, eso es lo más civilizado que quizá nos pueda esperar si nos atrapan. Sabes que no tienen límites éticos. Ni siquiera sabemos quién va a por nosotros, pero Anaïs ya lo ha experimentado lo que es perder a su padre por todo esto. Y lo siento, pero no voy a arriesgarme más a que nos atrapen y nos hagan Dios sabe el qué.

—David contra Goliat. Lo de siempre.

—¿Y ahora me lo dices? —Maite se sentía incómoda ante tanta negatividad por parte de Raúl—. Lo tenías tan fácil como habernos dejado morir, haber dejado que te matasen. Y fin de la fiesta. Pero nos salvaste, y yo por lo menos quiero hacer algo al respecto. Vamos a salir de esta. Tú mismo me diste la idea, tengo muchos contactos en la cárcel, y tú también los tienes. Si algo bueno tiene la cárcel es que hay gente muy peligrosa que, si es enemiga de tus propios enemigos, será tu amiga.

—Confío en ti, Maite. Vamos a la cárcel. Que pase lo que tenga que pasar. Todo es una incógnita para nosotros desde ahora, y es lo que hay.

—Me violaron salvajemente, vosotros lo visteis todo, y mi cabeza no está en su sitio. Quiero venganza. Venganza contra quien esté al mando de toda la mierda que vimos. Viste a tu amigo

morir de una manera sanguinaria. Y recuerda, no tenemos nada que perder.

Raúl abrazó a Maite, mientras Anaïs los miraba, y, esforzando una sonrisa, no pudo contenerse a abrazarles también. Los tres se fundieron en un abrazo caluroso, de los que acabarían reforzando las emociones de un trío de personas asustadas, angustiadas por cuanto habían vivido juntos en apenas unas semanas, y de todo cuanto les tocaría vivir aún.

9. REVIVIENDO EL PASADO

Miércoles 24 de mayo, 2019.

Raúl y Anaïs pasaron por la garita de la Ertzaintza, presentando sus respectivos documentos de identidad. Con Anaïs hubo más preguntas de las esperadas debido a su documento francés de identidad, pero la chica supo salir del ligero apuro en cuestión de segundos. Detrás, Maite presentó su documento alegando ser la jurista del centro, sin tener mayores problemas para entrar al recinto.

Al pasar el primer control entraban al primer edificio del centro. Allí tenían que pasar por un detector de metales, donde, posteriormente, debían dejar pertenencias tales como teléfonos móviles o cualquier aparato electrónico prohibido en cualquier centro penitenciario. Maite llevaba encima el teléfono móvil de primera generación, un Nokia 3200 de los de antaño, aquellos de los que hoy en día habían desaparecido pero que la empresa finlandesa se había empeñado en recuperar como una gama más alta. Maite llevaba el modelo antiguo, comprado en una tienda de segunda mano tras pasar la frontera francesa por apenas 10€. Al ser trabajadora del centro, sabía que no tendría mayores problemas para pasar con el aparato encima.

El siguiente paso era entrar al edificio general, donde, la entrada congregaba el tercer grado, y pasando las posteriores rejas se encontraba el pasillo que unía el módulo general de primer y segundo grado. Poco antes, los despachos. Aquella zona Maite la conocía a la perfección. El único problema era que todo ciudadano de a pie tenía prohibida terminantemente la entrada al recinto posterior al del tercer grado. Los cacheos de civiles eran exhaustivos, incluyendo la documentación acreditada, de la que Maite carecía, por lo que tuvo que pedir al funcionario de la entrada que llamase, por favor, a Inés García, la directora del centro. Así lo hizo el funcionario, quien ya conocía bastante bien a Maite y a quien había preguntado qué había pasado, puesto que había desaparecido sin rastro alguno de su paradero.

La jurista sabía a buen recaudo que no podía estar en archivos policiales como desaparecida, pues no tenía familia, y como mucho la podrían reclamar en su bufete y en el propio centro penitenciario.

La reja que daba acceso al corredor que comprendía el centro en su galería general se abrió automáticamente, e Inés salió de su despacho, a unos 15 metros de dichas rejas, con gesto visible de preocupación. Ella y Maite tenían desde años atrás una estrecha relación profesional, pero también personal. Se acercó a la jurista, y le mostró su añoranza hacia ella con un cariñosísimo abrazo.

—Estábamos todos muy preocupados por ti, no supimos nada desde que fuiste con la Ertzaintza al piso ese.

—Inés —Maite estaba más fría con su amiga de lo que ella misma hubiese esperado, tenemos que hablar. Ya conoces a Raúl, viene conmigo. La chica se llama Anaïs, y estamos juntos en algo muy gordo. Necesito saber en quién puedo confiar y en quién no.

—En mí sabes que siempre tendrás una amiga. Entrad. Vamos a mi despacho —miró al funcionario de la entrada al edificio general—. Manuel, vienen conmigo. Ponles la pegatina de visitantes, por favor.

El funcionario salió de la garita interior y puso a cada uno de los tres, sendas pegatinas con la ‘V’ de Visitante. Los tres pasaron la puerta de las rejas y avanzaron apenas unos pasos hasta llegar, a la izquierda, al despacho de la directora del centro penitenciario.

Inés se sentó en su silla e instó a los tres compañeros de aquel viaje tan inusual a sentarse en las dos sillas que había al otro lado de la propia silla de la directora. Raúl se mantuvo de pie a pesar del ofrecimiento de Anaïs.

Maite le contó a Inés todo por lo que habían pasado desde que el chico comenzase a descubrir trapos sucios del doctor Cebrián hasta que huyeron de la casa del psiquiatra. La respuesta de Inés fue levantarse, acercarse a la máquina del agua y preguntar a sus invitados si querían un vaso, aunque todos ellos lo rechazaron, mientras ella bebía para aguantar el trago de todo lo que acababa de escuchar.

—Resumiendo, me estáis contando que hay una sociedad o algo que alberga políticos y gente de altas esferas, que hacen rituales raros, que asesinan a gente inocente. Es que estoy un poco en shock, perdonadme.

—Inés, me conoces bien, a cuerda no me gana nadie. Sé lo que he vivido, sé lo que he visto. Cualquier forense que me pueda mirar te dirá que he sido violada, y no penetración y ya está, violada de una manera cruel, también anal. Aún me duele a veces cuando voy a hacer mis necesidades. Sé por lo que he pasado. Si no me quieres creer, buscaré a quien sí me crea.

—Claro que te creo, Maite, te conozco, sí, pero me parece todo muy fuerte, perdóname. Estuve muy, pero que muy preocupada por ti, creí que te había pasado algo, te llamé cientos de veces y el móvil siempre apagado, buzón de voz, fui a tu casa otras cuantas veces, incluso hablé con un ertzaina amigo mío, Koldo, a quien conoces de la garita de la entrada, el calvito de barbas, a ver si podía hacerme el favor de lograr dar con algo que nos llevase a ti, y nada, fue como si te hubieses esfumado de todas partes.

—Señora directora —interrumpió Raúl. *Maite me ayudó mucho, usted estaba también al tanto de todo lo que viví con Cebrián, supongo.*

—Sí, claro.

—Bueno, él tenía ya pensado matarme, y le salió mal. Que hubiésemos escapado, presumimos que es algo que ha sentado muy mal por algún sitio. Díganos claramente si va a ayudarnos o no.

—Aún no sé cómo sabéis todo eso del Club del que habláis.

—Estamos a ciegas, señora. Me lo contó Cebrián cuando le apuntaba con la pistola. Más bien nos lo contó. Maite estaba allí presente, al igual que Anaïs. Nos contó que si salíamos de allí no viviríamos en paz nunca más, entre otras lindezas.

—¿Y sabéis a ciencia cierta si eso es real?

—Anaïs, por favor —Maite guiñó el ojo a la chica con gesto serio, y la invitó a hablar.

—Mataron a mi padre. Quemaron su casa con él dentro. Es todo cuanto sé. Mucha casualidad, ¿no?

Inés cogió el teléfono y marcó un dígito.

—Por favor, mire si la doctora Medina está disponible y si puede venir a mi despacho. Ídem con Clara. Gracias.

—¿La doctora y la enfermera? —Maite frunció el ceño.

—Estas últimas semanas supongo que no habrás visto a ningún médico. Lo necesitas. Y yo confío en ti, no hace falta que te lo vuelva a repetir, pero Maite, ponte en mi lugar, antes de pedir ayuda necesito pruebas por duro que sea decírtelo.

—De acuerdo. Lo acepto.

Maite se sentía resignada, pero comprendía a su amiga y compañera. Si un médico

corroboraba la versión de la jurista, la ayuda podría llegar sola.

En ese momento, la doctora Itziar Medina entró por la puerta del despacho de Inés, junto con Clara, la enfermera del centro. Ambas saludaron a Maite con dos besos. Se conocían de tantos años trabajando en el mismo lugar, aunque no tenían demasiada relación. Enfermería estaba al otro lado del centro, y el despacho de la jurista, justo tras la entrada al módulo del segundo grado.

—Doctora, ¿sería posible hacer un examen rutinario entre las dos a Maite?

La doctora se dirigió a la jurista para preguntarle qué había pasado. Ella no pudo más y se derrumbó en ese momento.

—Estate tranquila, Maite —dijo la doctora Medina mientras cogía del brazo a la mujer—. Acompáñanos y nos cuentas qué pasó para poder saber cómo proceder.

Maite se levantó y salió del despacho de Inés junto a la doctora y la enfermera. En ese momento, Inés se levantó, cerró la puerta que acababan de dejar abierta, e instó a Raúl a sentarse en la silla libre.

—Os muestro mi apoyo incondicional. Pero quiero que esos cerdos paguen por lo que han permitido que ocurra.

—Señora directora, no se olvide de Mikel. Mikel Larreta estuvo aquí, ustedes aprobaron su tercer grado. Lo asesinaron delante de mí de la manera más cruel que pueda usted imaginar.

—Recuerdo a Mikel, siempre muy correcto. Si necesitáis hablar con Arantxa, la psicóloga, no tenéis más que decírmelo. Estoy saltándome muchas normas, pero quiero creer que merecerá la pena.

—Yo estoy bien, señora, no se preocupe. Ha sido duro todo este tema, pero estoy mentalizado para saber que lo que vendrá después puede ser incluso peor. Entre nosotros, estoy cagado.

—Estoy muy descolocada, Raúl, no te puedo engañar, pero sí sé por dónde puedo tirar para obtener respuestas, y os ofrezco todo cuanto esté en mi mano. Lo que le ocurrió a Maite pudo haberme ocurrido a mí o a cualquier otra mujer. Tu compañera no tiene secuelas físicas, ¿no?

—No, señora. Me llamo Anaïs, y Raúl me salvó la vida, pero estoy bien, con ganas de que esto termine bien de una vez.

—Quiero hablar con un preso, tú lo conociste, Raúl. Estoy segura de que él nos ayudará de alguna manera, pero primero quiero el informe de la doctora para ir sobre seguro sin jugar con tanto fuego.

Inés se levantó y les dijo a los chicos que iba a por un café, que si querían tomar algo. Ambos agradecieron un poco de cafeína, por lo que aceptaron la invitación de la directora del centro. Salió por la puerta, dejando a los chicos solos.

—No sé si esto será una buena idea —susurró Anaïs, *pero todo apoyo será poco. Sé consciente de ello.*

El rostro de Raúl denotaba su profunda preocupación, pero contestó a su amiga con un simple “lo sé”.

10. EL PISO DE INÉS

Miércoles 24 de mayo, 2019.

Eran poco más allá de las once de la mañana cuando Maite entró por la puerta del despacho de Inés junto con la doctora Medina y Clara, la enfermera.

—Directora, tenemos que hablar, en privado si puede ser.

Inés, que había terminado ya su café, se levantó, pidió a sus invitados perdón por su inmediata ausencia, y les dejó con la enfermera y con Maite en aquellas cuatro paredes.

Ya fuera del despacho, Itziar habló con Inés sobre lo que, como profesional, acababa de analizar en el cuerpo de Maite.

—Han pasado semanas, pero los desgarros anales, así como vaginales, siguen de manera más bien mínima. A pesar de todo y como opinión puramente profesional, yo diría que Maite fue violada, y no cosa de una penetración no consentida. Hablamos de algo salvaje, inhumano.

—Suficiente con lo que acabo de escuchar, muchas gracias, Itziar, te debo una.

Inés entró de nuevo al despacho, y le digo a Clara que ya se podía ir, por lo que la chica salió por la puerta.

—¿Cómo te encuentras, Maite? —Inés no perdió ni un segundo en preocuparse por el estado general de su amiga y compañera mientras tomaba asiento.

—Bien, de verdad. Con la única necesidad ya de sacar respuestas a muchas cosas y de acabar con esta pesadilla de una vez por todas. Necesito despertar como sea, Inés.

—Vamos a hacer una cosa —dijo, dirigiéndose a todos—. Como bien sabe Maite, soy divorciada, mis hijos ya son mayores, por lo que hace ya tiempo que marcharon de mi casa.

Inés se agachó para coger su bolso, que lo tenía cerca del pie izquierdo, en el suelo, y sacó un juego de llaves.

—Vivo sola y hay sitio para todos. Maite conoce mi casa. Quiero que vayáis, que os duchéis, que os relajéis, haced lo que queráis para comer, la nevera está casi llena. Yo antes de las cuatro de la tarde estaré allí.

Los chicos agradecieron tal hospitalidad, y Maite se levantó, con lágrimas en los ojos y abrazó nuevamente de manera efusiva a la directora del centro.

El piso de Inés estaba situado en pleno centro de San Sebastián, en el barrio de Amara, muy cerca del Estadio de Anoeta, donde el equipo de fútbol de la ciudad, la Real Sociedad, jugaba sus partidos como local. Apenas tardaron poco más de 5 minutos en llegar desde que Maite cogió el coche y condujo hasta allí. Conocía de sobra la dirección de su amiga, al igual que el parking, ya que allí era una misión casi imposible el poder aparcar, y no dudó en abusar en lo que ella misma consideraba “solo un poco” de la amabilidad que había tenido la directora de Martutene para aparcar el coche en el aparcamiento subterráneo del edificio donde vivía la señora García. Ya había aparcado antes allí su propio coche. Recordaba perfectamente los números de plaza propiedad de Inés. La 53 y 54. Esta última era la plaza que dejaba ella para sus visitas, y allí fue donde dejó la jurista el coche aparcado. Subir era cómodo, puesto que el ascensor estaba a un paso de la plaza de garaje. Subieron hasta la tercera planta, y todo seguido a la derecha estaba la puerta número 308. Como si de un hotel se tratase, los pisos en aquel lujoso edificio moderno no

tenían letras, ni izquierda o derecha, sino que iban por números, ocho por piso, y el último número de aquella tercera planta era propiedad de Inés.

Nada más entrar, Raúl y Anaïs se dieron cuenta del dineral que había allí metido. El hall ya era amplio, impropio del típico recibidor de cualquier piso, pero el salón, ubicado nada más pisar el hall a la izquierda, ya inspiraba pensar que la dueña de ese piso era una amante incondicional del arte clásico. Quizá los cuadros, impresionistas, resaltaban en ese salón como si de un pez fuera del agua se tratase. Llamaba la atención el busto de diseño que, probablemente habría sido algo exclusivo, de Marco Aurelio, nada más entrar, a mano izquierda. Más allá del busto estaba el mueble de la televisión, una televisión que rondaría las 70 pulgadas, casi era como tener un cine propio en el salón de su casa, pero, cuando se giraron y vieron los dos sofás, de piel, uno de dos plazas, y el otro de cinco plazas en forma de “L”, ambos miraron hacia la estatua que hacía de centro con los dos sofás. Una estatua del David de Miguel Ángel de unos dos metros que casi rozaba el techo del salón.

—Qué mal gusto tiene la señora —murmuró Anaïs.

—Porque ya no tengo móvil porque era para hacerme un selfie con la estatua.

Raúl acababa de sacar, después de bastante tiempo, su vena gamberra, la cual añoraba. Ambos amigos se echaron a reír mientras Maite les abroncaba, también con una ligera sonrisa.

—Sois más cotillas que los de la prensa rosa. Venid a la habitación, por favor.

Maite les guió hacia la habitación de invitados, para sorpresa de los chicos, muy sencilla, apenas un par de camas de 90 y un armario. Acto seguido les enseñó uno de los dos cuartos de baño que tenía el piso.

—El otro cuarto de baño es el de Inés, yo cuando venía a su casa entraba en este, así que mejor que no abusemos demasiado y usemos nosotros tres este.

Un cuarto de baño muy sencillo también, apenas un retrete, un lavabo y un plato de ducha.

—La señora se debió gastar los ahorros en el salón, porque lo demás, telita.

—Raúl, por favor —replicó Maite. *Es de bien nacidos ser agradecidos.*

El chico se encogió de hombros y pidió perdón por su pequeña falta de respeto hacia la amiga de la jurista.

—Y tú, ¿dónde vas a dormir?

—En la habitación juvenil, la de Aitor, el hijo pequeño de Inés.

Raúl evitó hacer más preguntas, y se limitó a decirles a las chicas que por él no había problema para que se duchasen ellas primero, lo cual Maite agradeció y fue la primera en hacerlo. Tras ella hizo lo propio Anaïs, y posteriormente el chico. Cuando salió de la ducha, sus amigas ya estaban juntas, mano a mano, preparando la comida.

—Arroz con pollo para comer, ¿te parece bien? Así tenemos comida todos, Inés también cuando vuelva a casa.

Raúl asintió con la cabeza, e intentó ayudar a las chicas, pero rechazaron su ayuda con bromas acerca del arte culinario del chico, por lo que encendió la televisión de la cocina, una pequeña, de unas 24 pulgadas, calculaba el chico que tendría. Más que suficiente a pesar de ser una cocina bastante amplia. Al entrar, a la izquierda, la tele, enfrente la vitrocerámica, lavavajillas, horno, fregadera y armarios, muchos armarios. Allí entraría vajilla y utensilios de cocina como para dar de comer a un regimiento. A la derecha, una mesa amplia y larga, donde podrían comer ocho personas. Inés parecía ser de la clase de personas a quienes no le gustaba el concepto de salóncomedor. La cocina era para cocinar, y para comer, y punto. Eso le agradó, quizá por tradición, ya que en casa de sus padres siempre comió en la cocina, en familia, y con las chicas y los niños aquellas últimas semanas habían sido prácticamente igual.

Raúl se sentó en la mesa para ver las noticias, que comenzaban ya. Poco antes de terminar los informativos ya tenían la comida hecha, y Maite les dio a elegir si esperar, aproximadamente una hora, hasta que Inés volviese del trabajo y comer los cuatro, o comer ya los tres. La cara de los chicos lo dijo todo. Estaban famélicos, por lo que comieron ipso facto y charlaron sobre hobbies, canciones, películas... Era uno de esos pocos ratos desde que se conocieron en que se abrían tanto entre ellos sobre sus gustos, ya que, hasta entonces, casi todas sus conversaciones habían sido pesimistas, objetivas, y realistas sobre la actualidad que les rodeaba.

Maite había preparado café en la cafetera de goteo que Inés tenía guardada en un armario. A la vista tenían la cafetera de cápsulas donde la dueña del piso hacía su típico café matutino, pero, siendo tres, y siendo tan cafeteros los tres, no quiso incomodar con el tema de dejar a su amiga sin cápsulas.

La charla del café siguió siendo muy amena. Debatían sobre películas comerciales. Maite hablaba de ‘La Roca’ como su película favorita, mientras Anaïs optaba por ‘Amelie’ como la obra maestra del cine francés, la cual adoraba. Raúl se rió de ambas diciendo que tiraban de demasiados tópicos, y sacó pecho nombrando películas de Marvel, a lo que ellas se cobraron su venganza predicando un “¿ahora quién tira de tópicos?”. Entonces Raúl se puso un poco más serio de lo que esa conversación estaba siendo.

—No sé si lo sabéis, pero la película que fui a ver al cine con Cebrián fue ‘Capitana Marvel’.

Ambas quedaron calladas. No querían volver a escuchar el nombre de Cebrián ni en sueños. En ese momento se escuchó cómo la puerta de la entrada se abría. Era Inés.

—Buenas tardes, chicos. ¿Todo bien?

—Perfecto, Inés, muchas gracias por todo.

—No hay de qué, Maite, ya sabes, hoy por ti, mañana por mí, y tú has estado muchas veces a mi lado. Es lo menos que puedo hacer. Voy a comer, y si queréis pasamos la tarde de manera un poco amena, tengo juegos de mesa, o podemos ver alguna película. Hoy relax, si os parece bien.

Todos asintieron con la cabeza. Era una idea excelente la de poder pasar una tarde un poco relajante después de unos días duros.

11. JAVIER SANTANA

Miércoles 24 de mayo, 2019.

La tarde había sido aún mejor de lo esperada. Los cuatro jugaron partidas al parchís, al Trivial Pursuit, vieron los dos primeros capítulos de una serie de la que el Mundo entero hablaba maravillas, “La casa de papel”, muy recomendada por el hijo mayor de Inés, quien siempre le insistía en que tenía que verla, y, aunque quedaron todos con ganas de más, la noche cerrada les recordó que debían descansar, que el día siguiente no sería tan ameno esa tarde de risas, entretenimiento y buenos ratos. Tal vez serían los últimos para ellos, y sabían que tendrían que estar preparados.

La vida de Javier Santana había sido un largo cúmulo de infortunios generados por su rebelde juventud. Sus padres murieron en un accidente de tráfico siendo él apenas un crío de ocho años, y, sin más familia conocida, acabó en un orfanato pasando de familia en familia, hasta que Marcelino, un ladrón de poca monta y su mujer adoptaron al chico con trece años. Los dos primeros años fueron más bien felices, hasta que Javier descubrió el trastero.

Escopetas, pistolas, y una colección de navajas y cuchillos hicieron que el chico descubriese la cara oculta de su padre adoptivo, a lo que, ni corto ni perezoso, se lo dijo al hombre. Él quería aprender a defenderse de las mofas que sufría en el colegio por ser adoptado, y Marcelino le otorgó el momento que él había deseado desde que descubriese aquel pequeño arsenal. Había aprendido con ese hombre en pocos años el arte de defenderse, de atacar, pero éste jamás quiso involucrar al chaval en sus actos delictivos.

Una mañana, Marcelino marchó y jamás volvió. Había sido disparado en el corazón mientras robaba en una joyería a punta de pistola. La dependienta no dudó en sacar su escopeta en un microsegundo de descuido del hombre, y lo mató casi en el acto.

Javier continuó el legado de su padre desde entonces, pero dio con la gente equivocada. Logró hacer un equipo profesional para robar un banco, pero sus socios le dejaron tirado, y fue detenido.

Fue en la cárcel donde conoció a Walter, un sicario colombiano condenado a quince años de prisión por secuestro y asesinato, con quien hizo una gran amistad, y, tras pasar cuatro años dentro del centro penitenciario de Soto del Real, contactó con los socios de Walter, quienes le ofrecieron un trabajo irrechazable. El requisito primordial que le pedían al chico fue que no tuviese moral. Si había que matar a un niño, lo mataría. Sin preguntas. Sin dudas. Realizar el trabajo, cobrar y callar la boca.

Hasta que llegó Briana y le ofreció trabajar por y para su país. La preocupación de Santana estaba en cómo romper relaciones con su jefe de entonces sin consecuencias fatídicas, algo de lo que Briana se encargó y fue entonces cuando entendió lo importante que era su persona para que un Gobierno pudiese lograr contratarle sin acarrear daños colaterales por abandonar a los colombianos. Y así fue. Quien llamaba a Santana para hacerle los encargos esporádicos le llamó una última vez para agradecer sus servicios prestados y desearle suerte en su nuevo trabajo.

Santana vivía en un chalet a las afueras de Madrid, fruto de su trabajo, sin extorsiones por parte de nadie. De eso se encargaban sus superiores, y desde ese momento tendría aún menos problemas con el fisco, lo cual le hacía respirar, si cabe, más tranquilo. Esporádicamente tenía

que realizar algún trabajito, el cual cobraba de manera muy generosa, y eso había sido así con los colombianos, y desde entonces, también con su propio país. Sin preguntas, como siempre. Santana jamás conoció quién estaba detrás de Briana, ni le interesaba lo más mínimo. Trabajaba por dinero, su auténtica religión.

Madrugada del miércoles 24 al jueves 25 de mayo, 2019.

Inés dormía plácidamente en su habitación, y Maite hacía lo propio en la habitación juvenil donde descansaba. Anaïs y Raúl charlaban debido al insomnio. Hablaban de música. La chica le contaba a Raúl sus preferencias musicales, la gran mayoría eran cantantes de su país que el chico ignoraba por completo. Ella incluso cantaba en voz baja las canciones de Isabelle Geffroy, conocida como “Zaz”, su cantante favorita.

En ese momento escucharon un ruido —que ignoraron por un momento—, pensando que podría ser la dueña del piso, que se habría levantado a hacer algo, pero Anaïs fue más cauta y se levantó, salió de la habitación y notó que alguien intentaba abrir la puerta de la entrada desde fuera.

Volvió sigilosamente hacia la habitación de invitados e hizo un gesto a Raúl para que fuese con ella. El chico se asustó viendo que alguien intentaba abrir desde fuera la puerta, cerrada a cal y canto con llave, lo que hacía que la persona del otro lado lo tuviese más difícil para abrir una puerta de seguridad de ese calibre.

Tuvieron tiempo suficiente para despertar a las dos mujeres. Anaïs a Maite, y Raúl a Inés, quienes se levantaron raudas ambas, y la directora del centro penitenciario no dudó en sacar de la mesita de noche un revólver Smith & Wesson 642 calibre 38. Inés poseía licencia de armas, que había logrado tras ser asaltada unos años atrás en su propia casa por unos ladrones que únicamente se llevaron objetos de valor, pero ella insistía en su propia integridad física y no dudó en sacarse dicha licencia.

Los cuatro se dirigieron hacia la puerta, e Inés hizo un gesto hacia Maite y Anaïs, para que se quedasen en el salón. Raúl tuvo un plan, y le susurró al oído a la mujer lo que debían hacer. Ella rechazó esa idea, pero el chico hizo caso omiso y preguntó quién es. Al otro lado, una voz grave, pero dificultosa para hablar. Todo hacía indicar que se trataba de un borracho, pero la manera en que trataba de abrir la puerta no era, precisamente, la de alguien que pretendía abrir una puerta con una llave.

—¿Es esta mi casa? No veo bien.

—No, señor, se ha equivocado —el chico trató de conservar la calma.

—¿Me puede ayudar, caballero? No veo nada.

Raúl tragó aire y giró la cerradura con la llave. Se disponía a abrir la puerta mientras Inés estaba a su lado, preparada para esconderse detrás de la puerta con su Smith & Wesson.

11. AMENAZA INVISIBLE

Madrugada del miércoles 24 al jueves 25 de mayo, 2019.

Raúl acababa de dejar la cerradura abierta, y mirando a Inés con cierto miedo, abrió la puerta.

—Perdone que le moleste —Un hombre de unos cuarenta y pico años en aparente estado de embriaguez se excusaba. *He perdido el móvil y no puedo entrar en mi casa. Me he perdido.*

—Pase, le daré un vaso de agua.

El hombre se dispuso a pasar, sin esperar que, tras la puerta, le estaban esperando.

—Las manos arriba. Ya.

A Inés no le tembló el pulso en ningún momento. Raúl, frente a él, le mostró un gesto desafiante.

—Cachéale, Raúl.

El chico obedeció y sacó una pistola de la cintura del hombre. Dentro del calcetín derecho también tenía un cuchillo, así como la billetera y un teléfono móvil.

—Habías perdido el móvil, ¿eh?

El hombre no contestó. Raúl miró en la billetera su documento nacional de identidad.

—Javier Santana Ramírez. Fichado.

—Chico, no sabes lo que estás haciendo.

—Eso ya me lo han dicho más veces, no es usted el primero que me advierte con toda su buena voluntad —su tono irónico era más que oportuno *del marrón en que me he metido.*

Inés obligó a Santana a avanzar hacia la sala.

—Si haces el mínimo intento de lo que sea, te volaré la cabeza. Y no es un farol, te lo aseguro.

Santana siguió los pasos que le imponía la mujer, y llegó al salón, donde estaban sus otros dos objetivos, de pie junto a una estatua clásica.

Inés pidió a Raúl coger unas esposas que tenía en el segundo cajón de la mesita de noche, y él fue a por ellas.

—¿Pero usted puede tener esposas o cómo va esto?

—Tengo gustos sexuales un poco exquisitos, pero eso es cosa de mi vida privada, sin más detalles.

Raúl no pudo evitar, a pesar de los nervios que recorrían su cuerpo, esbozar una sonrisa picantona.

—Espósale, Raúl, por favor. Las manos por detrás. El chico obedeció, acercó una silla e instó al hombre a sentarse. Santana no opuso la menor resistencia.

—La próxima vez no diga mi nombre, por favor.

—Este ya sabe quiénes somos, ¿o qué te crees? Sabe hasta cuándo cagas. No seas ingenuo.

Inés cogió el móvil del hombre, pero estaba bloqueado, y, teléfono en mano, la mujer agarró el pulgar de Santana y lo pasó por el celular, el cual pedía la huella del propietario.

El teléfono se desbloqueó, e Inés comenzó a indagar en él, en vano, puesto que la mayoría de sus aplicaciones, incluidos los contactos, precisaban un desbloqueo numérico.

—Dime la contraseña para entrar en los contactos.

—Podréis matarme, pero nunca lo conseguiréis. Esto está muy por encima de todos vosotros, muy por encima de mí mismo. Lo mejor que podéis hacer es huir. Si yo desaparezco, ellos enviarán a gente mucho peor que yo.

—¿Y tú quién eres, Javier Santana? —Raúl necesitaba respuestas.

—Un simple trabajador, un Don nadie. Alguien prescindible, os lo aseguro.

Raúl empezaba a estar harto de todo aquello, y, nervioso, se dirigió hacia la cocina, agarró un cuchillo cebollero y volvió al salón y le amenazó con dicho cuchillo, poniéndoselo en el cuello.

—Dinos la puta clave del teléfono.

—Mátame, gilipollas, no tienes huevos.

El gesto desafiante de Santana no dejó al chico mayor alternativa a pesar de los gritos de las chicas. Estaba muy caliente, y, en un acto reflejo, agarró la oreja del hombre y le cortó parte del lóbulo mientras con la otra mano tapaba su boca. Santana, fruto de la rabia del momento, le mordió parte de la mano, en la zona de la palma, haciendo que instintivamente Raúl apartase la mano de su boca y Santana gritase más fuerte si cabe y, fruto de su propio instinto, clavase el cuchillo en la pierna del hombre.

—Grita por algo, cabrón. Tú sí que no sabes con quién te estás metiendo. ¿Por qué venías a matarnos?

Santana aguantó por un momento el dolor, y, mirándole fijamente a los ojos, le esbozó una pequeña sonrisa y le contestó sin tapujos.

—Habéis asesinado a gente muy importante, con muchos amigos que quieren vengarse. Yo únicamente era su voz.

—Pues vaya voz, que prefieres desangrarte antes de decirnos la puta clave.

—Ni os la voy a decir.

Raúl volvió a perder los papeles y arreó un puñetazo en la cara de Santana, que le acarreó desmayarse en el acto. Sus amigas le echaron en cara la falta de escrúpulos del chico, a lo que él se giró y les replicó.

—Estamos pasándolas muy putas, huyendo de quién sabe qué cojones es todo esto, vamos a ciegas, vienen a matarnos, y yo solamente estoy tratando de defender nuestras vidas, la mía y las vuestras. Y no pienso huir más. Morir o matar. Punto final.

Anaïs se acercó a Raúl y le consoló, le abrazó y le dijo que se sentase, que se tranquilizase, y el chico le hizo caso. Se sentó en el sofá, a escasos dos metros de Santana, sin perderle de vista por si despertaba. Mientras, Inés miraba el móvil del hombre, sus aplicaciones, su navegador, también cifrado, hasta que, entrando en la carpeta de las aplicaciones vio una que, al abrirla, no tenía ese cifrado. Era Facebook, y al entrar, algo llamó la atención de la directora del centro penitenciario. No era la red social, era Tor, la entrada directa a la deep web, la red profunda, el paraíso del mercado negro, el lado oscuro de Internet.

Lo primero que buscó Inés fue el historial, pero, para su desgracia, estaba completamente vacío.

—Seguimos a ciegas. Creo que vamos a necesitar algo de ayuda, y mañana la conseguiré.

Santana despertaba lentamente, y Maite fue a por un vaso de agua a la cocina. Al intentar darle un sorbo, Raúl se lo quitó y le tiró el agua a la cara, algo que la jurista reprochó en el comportamiento actual del chico. Pero funcionó. Santana estaba ya consciente.

—La clave. Ya. O te mato.

—Chaval, yo ya estoy muerto, aunque me dejéis libre. Ninguno de mis superiores permitirá que siga vivo después de haber fallado en mi misión. Os mato o me matan. Así de simple.

—Os lo dije —presumía Raúl. *Morir o matar.*

—Hablando de matar, chico, mi última misión antes de llegar aquí fue la de matar a tus padres hace una semana.

—¿Qué estás diciendo? —Raúl gritó al hombre y se alteró aún más de lo que estaba. *¿Dónde están mis padres? ¿Dónde, hijo de puta?*

—Enterrados, a cal viva. Los maté en la puerta de la misma casa que quemasteis en el monte.

—Estás mintiendo.

—Soy muchas cosas, chico, pero no un mentiroso.

Raúl quitó a Inés la Smith & Wesson y metió el cañón en la boca del sicario. Maite pidió al chico que parase mientras Anaïs e Inés le miraban con una mezcla de miedo y pena. La francesa temblaba en ese momento.

—Raúl, mataste en defensa propia. Esto es asesinato. No aprietes el gatillo, por favor, tú no eres así.

—Ellos me han hecho así. No hay vuelta atrás.

Santana supo que todo acabaría ahí mismo para él y cerró los ojos. Raúl miró de reojo a la jurista, y, haciendo caso omiso, apretó el gatillo.

12. ¿SOY UN ASESINO?

Madrugada del miércoles 24 al jueves 25 de mayo, 2019.

Raúl acababa de reventar la cara de un sicario enviado para matarlos a él y a sus amigas. Por primera vez había matado a bocajarro, sin piedad alguna, y lo que era peor y tanto le asustaba en ese momento: sin remordimientos, o eso parecía.

Su gesto serio cambió cuando vio a las chicas taparse la cara. Fue entonces cuando no pudo evitar llorar. No por lo que acababa de hacer, si no por lo que Santana le acababa de contar. Su cabeza daba mil vueltas mientras pensaba en si lograría dar con el cuerpo de sus padres, pero, a juzgar por las palabras del sicario, enterrados con cal viva, sería algo más que imposible.

—Lo siento, chicas. Mató a mi padre.

—La venganza no es la solución, nunca lo es —Maite acarició el hombro de Raúl dándole su apoyo a pesar de no estar de acuerdo con lo que había hecho.

—Esto se llama justicia.

En ese momento sonó el timbre de abajo. Inés se acercó al telefonillo a contestar. Era la policía municipal. La mujer abrió la puerta.

—Policía local. Tapad a ese hombre ya con una manta, por favor.

Anaïs fue rápidamente a la habitación de invitados y cogió una sábana para tapar el cuerpo del hombre.

—Espera, Anaïs, la sábana se manchará de sangre. Rápido, una manta gorda, y la sábana encima —Maite creyó ser la mejor opción en ese momento. *Y Raúl, deja los lamentos para después y pon la tele alta. Cuando los policías entren, bajas el volumen.*

Maite, mientras, fue a la cocina y cogió una de las botellas de cava que Inés tenía en la nevera, con cuatro copas. Abrió la botella, tiró parte del cava por la fregadera, echó un poco de líquido en cada copa y llevó la botella y las copas al salón, posándolos en la mesa de centro.

El timbre de arriba sonó, e Inés, mirando que todo estaba en orden, abrió la puerta.

—Buenas noches, señora, nos ha llamado un vecino suyo diciendo que estaban tirando petardos.

—Perdonen, agentes, tuvimos una pequeña fiesta y quizá nos hemos desmadrado más de la cuenta.

—¿Nos deja pasar para ver que todo está en orden?

—Sí, por supuesto, pasen.

Los agentes pasaron e Inés los condujo al salón, donde estaban los chicos ya sentados en los sofás.

—Lamentamos el ruido, agentes, no volverá a pasar. Estamos celebrando un ascenso en el trabajo y nos hemos desmadrado más de la cuenta.

Los dos agentes miraron alrededor. Les llamó la atención la espectacular estatua del David de Miguel Ángel, al igual que la sábana que tapaba algo. Uno de los agentes se acercó hacia la sábana, pero Inés lo impidió.

—Lo siento, es mi última creación artística y me gustaría que nadie la viese hasta estar

terminada. Ellos tampoco la han visto, es lo único que les he prohibido en mi casa. ¿Les gusta el arte?

—No mucho, señora. Les pedimos que terminen ya la fiesta, si vuelve a llamar algún vecino tendremos que multarle. Los agentes salieron por el salón e Inés los acompañó a la puerta.

—Muchas gracias por su comprensión, agentes. Nos vamos ya a la cama, además mañana madrugo.

Los municipales hicieron una señal de aprobación y salieron del piso. Inés se apoyó en la puerta y suspiró.

Jueves 25 de mayo, 2019.

La madrugada había pasado volando. Ya eran las 6 de la madrugada, y estaba sonando el despertador de Inés.

—Chicos, voy a ver qué puedo hacer para sacar de aquí el cadáver, de momento ni lo toquéis. Voy a ducharme y desayunamos juntos si queréis antes de irme a trabajar.

Los compañeros aprobaron esa decisión.

—Me encargo yo del desayuno, si os parece bien —Anaïs creyó tener ahí su pequeña oportunidad para despejar su mente.

Maite se duchó tras Inés. Desayunaron juntos, y la jurista le dijo a Inés que quería volver al trabajo, que iba con ella. Inés lo agradeció. La posición de la jurista no era sencilla, pero sabía que ella lo necesitaba, que le vendría bien, a ella, para poder desconectar de todo lo vivido, no sólo esa noche, si no en conjunto las últimas semanas, y también a los demás presos, que necesitaban la ayuda de Maite, a quienes muchos ya conocían y confiaban en su criterio y en su actitud.

La mañana la emplearon Anaïs y Raúl para envolver el cadáver de Santana en la manta y la sábana, sin las esposas, con el cuerpo erguido, para posteriormente guardarlo en el armario de la habitación de invitados. Buscaron ambientadores, como si aquello lograra tapar el olor que llegaría a desprender el cuerpo según irían pasando las horas, pero sabían, en el fondo, que entre Maite e Inés lograrían dar con una solución para esconder el cuerpo del sicario.

Tras guardarlo en el armario, Raúl fue al salón y se echó a llorar. Sabía que no volvería a ver a sus padres. Sabía que el sicario no mentía. Anaïs fue a dar apoyo emocional a su amigo, quien no podía pasar de repetir lo mismo.

—Soy un asesino. Un puto asesino.

—No, Raúl, ese hijo de puta mató a tus padres, y quién sabe si fue el mismo que mató al mío. Eres un vengador. Y eso no siempre es algo malo.

—A veces pienso qué hubiese pasado a nuestro alrededor si no hubiésemos salido de aquel sótano. No sabemos ni si saldremos vivos de todo esto. Quizá al menos nuestra familia estaría a salvo.

—Nunca te rindas. Yo no me rindo, Raúl. Tú nos salvaste la vida, nunca lo olvides. Nuestros familiares podrían seguir vivos, o no, quizá los hubiesen matado. Eso no lo sabemos. Eres un héroe, no te saques eso de la cabeza ni por un segundo. Insisto, seguimos en pie gracias a ti.

—Pude haberlo hecho mucho antes, no después de que violasen a Maite. Mataron a Mikel, era un buen chaval. Y lo que le hicieron a Tatiana...

—Quédate con esa rabia, con todo lo que les han hecho a nuestras amigas, a tu amigo. No perdonamos, somos luchadores, somos guerreros. Repítelo conmigo.

Raúl y Anaïs se miraron fijamente. El chico dejó de sollozar y su aspecto tenebroso y serio inundó su cara.

—Somos guerreros. Nunca nos rendiremos.

Raúl abrazó a su amiga y le dio las gracias por estar a su lado siempre. A Raúl le atraía Anaïs desde que comenzó a conocer un poco más la forma de ser de la chica, y él sentía que, en parte, debía intentar conquistar a la chica, pero también sabía que no había dejado de sentir algo fuerte por Yassir, se veía en sus ojos cuando estuvieron en Suiza, y, aunque para algunas cosas el chico podía llegar a ser una persona más bien valiente, para otros casos, como el del amor, se sentía un cobarde, alguien sin el valor suficiente como para lanzarse.

Anaïs puso música, y propuso a Raúl limpiar bien el salón, la cocina y el cuarto de baño, así como hacer las camas, y así poder pasar una mañana un poco más distraída. Lo que fuese para que su amigo dejase de pensar. No sabían qué harían después de todo aquello, no sabían si vendría más gente a intentar matarlos, pero lo que la chica sí sabía era que, si permanecían juntos, tendrían un plus que les permitiría poder luchar por sobrevivir en un mundo en el que ellos eran hormigas y cualquiera podría pisarles si no permanecían unidos.

Antes de darse cuenta, ya era la hora de comer, por lo que Anaïs propuso a Raúl que fuese él quien cocinase.

—Pues macarrones para todos. ¿a la carbonara? —se dirigió a la nevera, pero no vio nata, ni bacon, pero sí verduras y tomate, y en el congelador Inés tenía carne picada. *Vale, a la boloñesa.*

Los chicos comieron juntos, fregaron sus platos y recogieron la cocina. Vieron los informativos, y, mientras tomaban el café, la puerta se abrió. Eran Inés y Maite. Y no venían solas.

13. A CABALLO GANADOR

Jueves 25 de mayo, 2019.

Inés llegó a casa, abrió la puerta, y dejó pasar primero a Maite. Detrás de la jurista, cuatro hombres y una mujer entraron al piso de la directora. Ella entró la última y cerró la puerta. Anaïs había salido al pasillo al escuchar el ruido para poder cerciorarse de que eran ellas, y quedó parada al ver a tanta gente. Entraron a la cocina, donde estaba Raúl tomando otra taza de café. Al verlos, el chico se levantó ipso facto.

—Raúl, Anaïs —dijo Maite, *tenemos ayuda extra.*

Delante estaba Chema, al que presentaron a los chicos como hacker. Raúl conocía a los cuatro de haber coincidido, directa o indirectamente, dentro de la cárcel. Junto al hacker, Markus, un holandés al que habían trincado en un barco en la costa Mediterránea con 300 kilos de cocaína. También presentaron a los chicos a Bernardo, un manitas que pirateaba contadores de luz, y, por último, Florín, un rumano bastante robusto, quien, al ver a Raúl, dio un afectuoso abrazo. Se conocían de jugar juntos al ping pong dentro.

Inés les contó a los chicos que aquellos cuatro individuos pasaron por Martutene. Chema estaba aún en libertad condicional, al igual que Raúl, y los otros tres estaban aún en tercer grado. Aquella mañana la directora del centro penitenciario les llamó, uno por uno, a un despacho externo al suyo propio, y, junto con Maite, les habló de lo que estaba ocurriendo. Ninguno puso el menor impedimento, y, tras aceptar, ella les prometió la libertad completa. Por supuesto, a esto último tampoco pusieron pega alguna.

Chema Llorente llevaba años trabajando para una compañía antivirus, creando troyanos y gusanos, y, cuando logró crear ‘Excalibur’, su nuevo y potente virus, no pudo evitar probarlo con alguna página fuerte. Y así fue. Lo probó a lo grande, hackeando la web del ministerio de cultura y deportes del gobierno español. Pero su gozo cayó en un pozo cuando, en cuestión de minutos tenía delante de su casa a todo un batallón de la Policía Nacional. Fue condenado a seis años de prisión por intrusismo y falsedad en documento oficial. A pesar de su juventud, ya tenía una dilatada experiencia en la informática de pro —apenas tenía 25 años cuando fue juzgado, y sin tener apenas familia, quería estar cerca de su hogar, de su madre, y de sus amistades. Pidió pasar su condena lo más cerca posible de su casa, y, siendo de Hernani, una villa situada a apenas 5 kilómetros de San Sebastián, sin duda era Martutene la cárcel donde quería pasar su pena. A los tres años de condena, la junta de tratamiento, debido a su buen comportamiento, le aceptó el tercer grado, donde pasó casi un año antes de pasar al régimen de libertad condicional.

Markus Berg, un cincuentón que vivía rodeado de lujos en su Holanda natal, tenía uno de sus últimos trabajos antes de jubilarse y mandar el mercado de la droga a paseo. Había hecho decenas de veces el trayecto que comprendía Valencia y Estambul, pero esa vez, esa última vez, fue la definitiva sin sospecharlo ni por asomo. Antes de partir, la policía marítima ya estaba controlando su barco sin él siquiera saberlo, y fue cuando se dispuso a zarpar, justo en el mismo muelle, cuando le dieron el alto alrededor de una docena de policías. Ese fue el momento exacto en que Markus supo que le estaba tocando una larguísima jubilación. Aquello fue nueve años atrás. Su condena, de quince años, pidió cumplirla en la penitenciaría de San Sebastián porque sabía por

otras bocas que era una de las más permisivas del país, aunque también una de las más antiguas. Recién disfrutaba desde hacía pocos meses de su ansiado tercer grado.

Bernardo Mariño llevaba trabajando duro desde los 16 años. Sabía de todo, era electricista, fontanero, albañil. A los 24 fue arrestado por una estafa a un millonario. Le cobró anticipadamente una reforma total de su casa, que jamás llegó a hacer. Fue condenado a 4 años de prisión, pero a los pocos meses logró escapar. El gran misterio en torno a su vida pasada estaba en cómo hizo para escapar de una prisión y no estar, años después, siquiera en busca y captura. Fue detenido en 2017 por piratear la red eléctrica. Siempre defendió su decisión de ayudar al débil ante el abuso de poder de las eléctricas, y ayudaba a personas necesitadas a quienes la luz les había supuesto no poder comer siquiera. Él sabía de aquellas familias que, o pagaban la luz y el gas, o comían carne. Y Bernardo, en cierto modo, quería ser algo así como un héroe para los pobres del pueblo de Zumárraga, un pueblo situado en el interior del territorio provincial de Guipúzcoa. Cuando fue pillado in fraganti, no pocos fueron los vecinos que se echaron en aquel momento a la calle y gritaron contra los agentes de la Ertzaintza que lo llevaban detenido. El hombre había pasado casi 30 años fuera, en el extranjero, en algún país del que jamás quiso hablar, posiblemente por continuar su propio título de “El hombre más misterioso pero honrado de Zumárraga”. A sus 63 años, Bernardo había dado por perdida la esperanza de que los gobiernos mundiales recapacitasen y dejarasen de permitir que ciudadanos humildes y sin recursos quedasen con el culo al aire ante la barbarie que suponían las tiránicas facturas que gente como sus vecinos tenían la obligación de pagar para no poder morir de frío, o, simplemente para poder pasar el resto de sus vidas pudiendo ver cualquier programa de televisión, o poder hacer algo tan rutinario como encender y apagar una luz.

Florín Munteanu llevaba poco más de 6 años en España. Había llegado con su esposa y su hija a Hondarribia, donde, a través de una web se ofreció para trabajar de portero en la discoteca “Truck” del pueblo, con un sueldo bastante atractivo, y, por su don de lenguas, ya que hablaba cuatro idiomas, incluido el español —idioma optativo en la universidad donde estudió y que no dudó en aprender—. La respuesta por parte del gerente de la discoteca fue afirmativa y, ante la escasez de trabajo en su Craiova natal, al día siguiente ya estaban en un coche rumbo a España. Tras un par de años fue jefe de portería, y al poco de estrenar su nuevo cargo —con un sueldo superior—, se vio envuelto en una trifulca en la que fue denunciado por un cliente que había bebido más de la cuenta y a quien Florín había echado del local de muy malas maneras. Un juicio rápido le condenó a 8 meses de prisión, aunque, al no tener antecedentes, no tuvo más problema que el que vino pocos meses después. Un cliente cometió abusos sexuales en uno de los baños del local, y, tras la desesperación de las amigas de la chica, Florín entró en los servicios y cazó al hombre en pleno acto violento con la chica, demasiado ebria, propasándose sexual y físicamente con ella, por lo que su instinto principal fue sacar del cuello al hombre mientras pedía a su compañero que llamase a la policía, pero, tras recibir insultos, acabó por reventar la cara del violador a puñetazos. El violador acabó juzgado por agresión sexual, pero fue sentenciado a abusos sexuales, con apenas 2 años de condena, y claro, sin antecedentes, no tendría que pisar la cárcel. Sin embargo, Florín perdió su trabajo por aquel altercado, denunciado por el violador y sin un testigo fiable más que el de un cliente que únicamente vio la agresión al violador. Reiteración, con antecedentes, y 38 meses de prisión. Esa fue su sentencia, y esta vez sí tuvo que pisar la cárcel, algo que pidió que fuese cuanto antes para salir rápido. Florín y Raúl se habían llevado dentro de prisión bastante bien, por lo que, a esas alturas, una cara amigable, era algo más necesario de lo que él mismo esperaba.

—Veréis, tenemos un teléfono, y ahí entra Chema. Necesitamos datos, todo lo máximo posible

de cuanto podamos sacar de ello. Nombres, es lo que más nos importa —Maite fue directa al grano procurando dar una charla lo suficientemente motivadora. *Sois nuestra máxima confianza, caballos ganadores, no os habéis rendido fácilmente nunca, confiamos en vosotros, y, ante todo os damos las gracias a los cuatro por aceptar ayudarnos en algo tan delicado y oscuro que ni nosotros mismos sabemos lo que es.*

—Maite, perdona que te corte —Bernardo se estaba dejando llevar por la euforia del momento. Estamos ante algo grande si no estáis equivocadas con lo que nos habéis contado, y si estáis en lo cierto, y confío en las dos, podemos hacer historia. Todo cuanto esté en mi mano por echar un cable y acabar con el poder corrupto y oscuro que invade este puto mundo. El poder debe ser del pueblo siempre.

Chema interrumpió también.

—Señoras y señores, paso a paso. El móvil, por favor.

Chema no quería perder más tiempo y sacó de su mochila su portátil. Lo puso en la mesa de la cocina y lo encendió. Miró a su alrededor. Había captado la atención de sus nuevos compañeros de aventura, y no pudo evitar sentirse el jefe en esos momentos. Emocionado, cogió un cable USB, lo enchufó al portátil y conectó en él el teléfono. Necesitaba el pulgar de Santana para desbloquearlo, pero eso le dio igual. Sabía cómo hacerlo sin necesidad de hurgar en un cadáver. Muy desagradable para cualquiera.

—Comienza el show.

14. LA VERDAD OS HARÁ LIBRES

Jueves 25 de mayo, 2019.

Raúl sirvió la comida a las chicas, que habían llegado famélicas ante una mañana de trabajo y de obligaciones un tanto ajetreadas. Los nuevos fichajes del equipo ya venían comidos de casa, o eso dijeron, por lo que fue un poco alivio para el chico, quien ya se veía haciendo por la cosa de quedar bien más pasta con salsa. Chema jugaba con las teclas en el portátil, con el móvil de Santana enchufado a él, sin perder un segundo la sonrisa que parecía ser una de sus señas personales de identidad. Anaïs trataba de curiosear sobre esa sonrisa, si se podía tratar de un simple tic nervioso, si era una simple costumbre, si él era así tal cual, o si era un arma de defensa personal.

El hacker tardó más de lo previsto en descryptar lo que parecía una simple combinación de cuatro dígitos. Pero tras ese código había un encriptado bastante más extremo. Estaba claro que el teléfono del sicario estaba blindado por casi todas sus esquinas, apenas lo poco que pudo llegar a ver Inés. Lo demás, ultra secreto. Pero para Chema no había nada imposible tras una pantalla, y así lo demostró.

—¿Ya lo has conseguido? Impresionante —Inés sabía de sobra que el chico no le defraudaría, y trató de hacerle ver con aquellas palabras lo importante que era para el equipo. *Sabía que eras el mejor.*

—Me ha costado más de lo esperado por las dos encriptaciones ocultas que contenía el teléfono, pero aquí está.

Inés miró la pantalla del portátil y vio cómo se iba cargando en una pantalla negra todos los archivos ocultos, teléfonos, documentos, fotos y hasta conversaciones escritas en distintas apps.

—Chema, lo que nos falta quizás es, que el dueño del móvil tenía algo metido en la deep web, pero el historial estaba borrado.

—Eso me costará un poco más, jefa, pero lo intentaré.

Inés fue a por su ordenador portátil y le pidió al chico que le enviase los datos mediante algún método como infrarrojos o algo así. Chema no pudo evitar reír. Él tenía una manera más rápida y menos primitiva, por lo que nada más que el ordenador de la directora estaba encendido, los datos le fueron traspasados al escritorio del portátil en cuestión de segundos.

La mujer dejó trabajar a Chema y fue con el portátil al salón junto con Maite para indagar todo cuanto pudiesen sacar juntas de todo aquel cúmulo de información.

La lista de contactos se basaba únicamente en un número, sin nombre, apenas una 'B'. Inés apuntó ese número en un trocito de papel y se lo dio a Maite, quien lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón.

Había mucha información que había descryptado Chema, pero nada valioso, audios de chat o alguna cosa así con la voz del sicario, voces de chicas en lo que previsiblemente debía ser alguna página web de citas, pero poco más. Santana utilizaba su móvil para contactar con alguien, o eso parecía, pero también para su uso personal, llevando una vida más bien pobre y solitaria a juzgar por todo el contenido que había. Lo peor fue cuando llegaron a la carpeta de las fotos y los vídeos.

Fotos de gente asesinada. Maite se tapó la boca cuando se abrió dicha carpeta y aparecieron los iconos grandes automáticamente. Inés abrió la primera de las fotos y fue pasándolas hacia adelante. No conocían a nadie hasta que apareció una foto de la cabeza de Mikel Larreta. Inés, por instinto, se levantó de la silla y se echó las manos a la cabeza. Acto seguido llamó a Raúl y a Anaïs.

—Hijos de la gran puta, ¿y cuándo hicieron esa foto? —Raúl no salía de su asombro ante aquella fotografía de la cabeza cortada de su amigo Mikel.

—Pasad todas las fotos, por favor —Anaïs estaba preparada para ver la foto de su padre si es que estaba allí.

Inés se volvió a sentar y abrió de nuevo la primera foto, pasando todas, una por una.

—Señora García, servidor reclama su presencia en cocina Chema había encontrado algo.

Inés se levantó y fue directa a la cocina, mientras Maite se ponía al ordenador pasando las fotos que contenía aquella maldita carpeta.

—Dime, Chema.

—Los he escuchado con el tema fotos. Deben tener algún tipo de sistema que hace fotos mediante cámaras ip y que llegan automáticamente a los teléfonos. Aún no he llegado a descubrir mucho más, pero sigo trabajando en ello.

—Entonces, es posible que en esa carpeta haya contenido delicado que pueda afectar a alguien de mis amigos.

—Es posible, señora, igual es buen momento para apagarles el ordenador. Puedo hacerlo con un simple clic.

—¿Tú qué harías?

—Señora, si pudiera haber fotos más, me gustaría saberlo.

En ese momento, sonó un ruido que vino del salón. Chema e Inés fueron rápidamente a ver qué había sucedido. Florín intentaba levantar a Maite, que se acababa de desmayar. En la pantalla, una foto de Maite en el potro, desnuda, agachada. Fue el momento en que acababan de violar a la jurista. Inés prestó más atención a su amiga que a la pantalla, mientras Chema y los demás miraban a la pantalla, a excepción del rumano, que trataba de dar aire a la mujer.

—Qué putos sádicos. Hasta estas cosas se las guardan los hijos de puta —Chema no podía evitar sentirse enfadado, al igual que los demás, ante tal imagen.

Anaïs intentó darle a Maite un poco de agua, y Florín cogió en brazos a la mujer y se dirigió hacia la habitación que Inés estaba indicando para que pudiese descansar.

La siguiente foto fue la que desató la ira general de todos ellos. Una niña hacía sexo oral a un hombre.

—Tatiana no, joder, joder, joder ¡Hijos de puta! —Raúl sintió una histeria que hizo que la pared más cercana la pagase con sus golpes y puñetazos hasta que el chico se hizo sangre en los nudillos de las manos.

—¿Es la niña de quien nos hablaste, verdad? —Bernardo miró a Inés.

—Sí. Y si no es por Raúl hubiesen violado a esa niña y a un niño de cuatro años que también estaba allí. Después los hubiesen matado. Eran sus intenciones. Creemos que los niños ahora mismo están a salvo.

La situación en ese momento era, cuanto menos, incómoda. Nadie sabía qué decir. Todos miraban a Raúl, a la pantalla, a Anaïs, quien lloraba desconsoladamente.

Raúl Duque se sentó frente al portátil. Siguió pasando las fotos. Había todo tipo de fotos atroces de gente con miembros amputados, violaciones, asesinatos crueles y despiadados, o al menos eso hacían intuir aquellas fotografías. Y sabían que aquello no era lo peor, había otra

carpeta con vídeos y aún no podían saber de cuántos vídeos podría contener dicha carpeta. Tras pasar más de cien fotografías, a Raúl le resultó conocida la persona tirada en el suelo que aparecía en la foto que había parado. Era François, el padre de Anaïs. La chica miraba la televisión junto con Markus, sentados en el sofá.

—Llevaos a Anaïs a la cocina ya, por favor —dijo Raúl, susurrando a Bernardo. *Que, si quiere un café con vosotros, lo que sea.*

—¿Era su padre?

—Sí —el chico no articuló más palabras.

Acto seguido, pasó a la siguiente fotografía. Bernardo le dijo a la francesa si le apetecía tomar un café con él mientras veían cómo trabajaba Chema, y ella lo aceptó encantada. Raúl seguía pasando fotografías hasta que dio con la que jamás hubiese querido ver. Sus padres, con sendos disparos en la cabeza, tirados en el suelo junto a una casa quemada, que supo al instante cuál era.

—¡Hijos de puta! ¡Quiero que mueran! No, joder, ¡no! —el chico entró en pánico a pesar de que se había sentido preparado para ver una foto así instantes antes.

Markus se levantó del sofá, y junto con Inés, que se acababa de incorporar al salón para contarle que Maite estaba bien, sujetaron al chico e Inés tiró de psicología a pesar de no saber por dónde tirar.

—Raúl, tranquilo, siéntate, por favor. Vamos a ir a por ellos. Mereces cobrar tu venganza, al igual que Maite, como Anaïs. Estamos aquí para ayudaros, no estáis solos. Siéntate en el sofá, por favor. Te traeré agua.

Raúl temblaba, mezcla de pánico, de rencor. Necesitaba terminar con todo aquello y, sin embargo, sabía que no había hecho todo más que comenzar.

La locura se había apoderado de la casa. Inés trajo agua para que Raúl bebiese un poco y siguiese hidratado, tratando de evitar que también pudiese caer desmayado al igual que Maite, pero el chico tenía la mirada fija a una zona concreta de la pared. Su shock no le permitió siquiera dar las gracias a la directora por el agua.

Inés se puso al frente del ordenador, dando hacia atrás en la carpeta de las fotos y abriendo la de los vídeos. Había llegado ya un momento en que ni sabía por qué lo hacía, pero, aunque no había dicho nada hasta ese momento, conocía a varias de las personas asesinadas de las fotografías, antiguos huéspedes del centro penitenciario que dirigía. Había escuchado que Cebrián utilizaba pacientes, ex presidiarios, y fue por ello por lo que aceptó la propuesta de Maite meses atrás, para poder sacar los trapos sucios del doctor. Si algún ápice de duda pudiese haber rondado por su cabeza, la aparición de Santana y aquellas carpetas habían disipado todas ellas, por mínimas que fuesen. Pero también sabía que ella estaba en el punto de mira, al igual que los chicos, y que los cuatro hombres a quienes había sugerido ayudarles, también lo estaban, lo que dejaba a la mujer en una situación moralmente incómoda.

—Jefa —Chema llamó a Inés desde la cocina—. Venga, por favor, lo tengo.

Inés se levantó enseguida y fue hacia la cocina. Allí estaban Anaïs con Bernardo mirando la pantalla del portátil de Chema.

—No tienen nombre comercial ni nada de esas pijadas. Se hacen llamar “El Club”, nada más. Tengo aquí todo el historial del pavo este. Un salidillo, mucha web guarra de vídeos porno, webcams y cosas así, pero solo una dirección se repite, y he probado a entrar en Internet normal y no existe, lo mismo si lo hago con mi ordenador sin recurrir a proxys, es algo muy privado.

—¿Entonces para entrar cómo lo has hecho? ¿Por el móvil?

—Exacto, el Tor es el navegador que utilizamos para entrar por la deep web, pero, por ejemplo, si entro desde mi propio navegador Tor, no me deja, por lo que he utilizado los

parámetros del teléfono, y voila —Chema abrió la ventana donde pedía usuario y contraseña para entrar en la página del Club.

—User y pass.

—Tranquila, Inés, estas cosas tenían un encriptado, vale, pero el gilipollas tenía guardada la cuenta. Tan listos para unas cosas y luego para otras son tontos del culo.

Chema puso el nombre de usuario en la ventana. S4nt4n4. Chema se reía según la ponía. La contraseña sí le hubiese costado más, por eso se sintió agradecido de que el sicario hubiese cometido el garrafal error de tener “recordar contraseña” activado en el teléfono para su propia comodidad. Era una contraseña alfanumérica con una docena de caracteres.

Al darle al Enter, una ventana emergente se abrió, y un mundo oculto se abrió para satisfacción de los allí presentes.

15. DESDE LO MÁS PROFUNDO

Jueves 25 de mayo, 2019.

Lo que Chema había descriptado era algo mucho más peligroso y oscuro de lo que ellos mismos habían podido imaginar. O no. Raúl intuyó desde un principio que se enfrentaban a algo muy poderoso de lo que sería imposible escapar. Pero la ventana emergente que desprendió aquella página tras introducir el usuario de Santana y la contraseña tan larga y con tan poco sentido les había abierto la puerta que tanto necesitaban.

El usuario del sicario no les permitía indagar por todo el territorio desconocido que suponía obtener todas las respuestas que precisaban, tales como poder ver ciertos miembros del Club, pero algunas órdenes estaban latentes, como los nombres de Pedro Duque y Manuela Martínez, padres de Raúl.

Sí aparecían nombres de lo que cayeron en la cuenta de lo que eran. Sicarios dedicados a tiempo completo que acataban cualquier encargo por parte de alguien dentro de aquella sociedad. Inés sabía, en cierta manera, la respuesta.

—‘B’. ¿Quién es ‘B’? Chema, tenemos un número de teléfono, ¿puedes hacer algo con él?

—Si este pavo tenía encriptación en su móvil siendo un mandado, olvídelo, al menos sin tener el teléfono de esa persona.

—Contactando con esa persona.

—Veamos, la gran mayoría de ubicaciones y nombres son cosa de Madrid, se me ocurre ir a la capital, lo demás en que pienso sería cosa suya, aunque, espere, hay aquí un contacto de Guipúzcoa. M.G. Mire, distrito Guipúzcoa pone. Sin más nombres, ni más números.

—Pincha en el nombre, por favor.

El nombre de Markel Gorriti estaba oculto bajo simples iniciales. Inés tenía la ligera idea de poder conseguir algo si lograban concertar una cita entre el fallecido sicario y la persona de las iniciales. Cuando Chema hizo clic en las iniciales, se abrió una ventana con un chat, todo ello muy básico. El Club se había tomado muchas molestias en mantener ocultas todas sus actividades, pero el hacker pensó que el diseño podía haberlo hecho perfectamente un quinceañero con un nivel básico de páginas web.

—Vale, hay chat. La cuestión es qué digo.

—Queremos una cita con la persona de las iniciales. Pues pidámosle una cita. El paquete está entregado, no sé, algo así.

—No me convence. Hay más gente ahí metida, y he visto un apellido directamente, Soares. Suena portugués, a saber si esto va todo fuera como dentro de España. El caso es que he visto una cruz roja por aquí —Chema rebuscó todo cuando había mirado hasta entonces, y dio con la cruz. *Creo que hay médicos metidos en esto también, supongo que habrá alguien por aquí cerca.*

—Escribe a M.G. Dile que estás herido, que no tienes mucho tiempo, que envíe a alguien, que el trabajo ha sido realizado. Veremos qué pasa.

—¿Tiene más armas aparte del revólver?

—No, solamente eso.

—Voy a conseguir algo por la deep web y entonces ya quedamos con quien sea, porque dudo

mucho que, aunque venga un médico o Teresa de Calcuta lo vaya a hacer desarmado.

A media tarde, Chema ya había dado con alguien de la zona que vendía pistolas en el gran mercado negro que suponía la deep web.

—Internet is magic —el hacker se mostraba orgulloso de hacer fácil lo difícil. Monte Urgull, no saben nada estos. A medio camino, además, en uno de los miradores que dan al paseo Nuevo, donde no hay cámaras, ni coches, así que nos toca ir de excursión. A las 10 de la noche. Vamos bien de tiempo.

El Monte Urgull se encontraba al extremo derecho de la bahía de la Concha. En lo más alto, una estatua gigante católica, el Sagrado Corazón, que era lo más llamativo del Castillo de la Mota, dentro del mismo monte, formando uno de los lugares más turísticos de la ciudad. Chema sabía sobradamente que a esas horas las verjas cerraban, por lo que tendrían que pasar subiendo por un muro. Optó por montar su excursión particular con Florín y con Markus, aunque Raúl al enterarse pidió ir también con ellos.

—Chavalote, a nosotros nadie nos conoce, y visto lo que he visto hoy, no me fio de nadie ajeno a este piso o a nuestras propias familias. Basta para que haya alguien del club ese de los cojones y te vea para que haya voz de alarma. Compramos las pistolas y nos volvemos. Y vamos seguros, Markus se las sabe todas, y Florín nos da una seguridad extra.

Anaïs fue hacia la habitación donde dormía con Raúl, y sacó de debajo de la cama tres paquetes de billetes. Unos 20.000€ habría, y los llevó a la cocina, entregándoselos en mano a Chema.

—Niña, creo que es mucho. Supongo que una pistola cueste unos 3 mil o 4 mil euros.

—Si pueden venderte más, mejor, Cuéntalo, por si necesitas más.

Chema y Florín empezaron a contar el dinero. 19.800€. Más que suficiente. El hacker se lo comunicó a Anaïs, y esta le contestó que, si podía gustarlo todo en armas, mejor.

Anochece, y los tres hombres marcharon. Maite, ya levantada y, aunque visiblemente afectada aún por la fotografía que había visto de sí misma, pero más recuperada físicamente, les dejó las llaves del coche que habían alquilado en SaintÉtienne, con lo que Chema se lo agradeció. Acudir al mercado negro con gente más que posiblemente peligrosa y con un coche propio, no hubiese sido, digamos, demasiado acertado. Inés también les dejó una copia de las llaves de su piso, así como las del garaje, dentro del mismo juego de llaves.

Poco después de las once de la noche ya estaban en casa, con una bolsa de deporte que portaba Florín. Los contrabandistas eran rumanos, por lo que fue más fácil hacer el trato mutuo, e incluso por el dinero que tenían en metálico, les ofrecieron cinco pistolas, una escopeta Fabarm STF con munición extra, y un taser de regalo, que puede que no les viniese tan mal. Markus se rió cuando sacaron las armas, y en cuestión el taser.

—Como marujas en rebajas.

—Sí, Markus, pero a caballo regalado no le mires el diente. Markus no entendió lo que Chema le acababa de decir, y el hacker se echó a reír ante la ignorancia del holandés.

—Creo que deberíamos descansar —dijo Raúl cuando los vio entrar. *Ya mañana nos enseñáis a usar esto.*

Raúl estaba un poco reacio ante su rechazo a haber acompañado a sus nuevos compañeros a por las armas.

Raúl se metió en la cama con Anaïs. Era una cama de 90, pero así podían hacer sitio a Florín, que dormiría esa noche en la cama donde había dormido el chico. Inés y Maite dormirían juntas en la cama de la directora, y Bernardo y Markus no tendrían más remedio que dormir juntos en la habitación juvenil. El holandés gruñó al ver aquella cama para dos, mientras Bernardo reía.

El día siguiente podría ser clave, y sabían que un buen descanso sería esencial. Antes de la una de la madrugada, ya estaban dormidos casi todos. Markus seguía refunfuñando ante los ronquidos de Bernardo, por lo que se levantó y se fue a dormir al sofá pequeño, dado que en el grande estaba Chema, ya dormido también.

16. DÍA DE LIMPIEZA

Viernes 26 de mayo, 2019.

La mañana se presentaba prometedora. A primera hora, Inés marchó a trabajar junto con Maite, pidiendo a los chicos no hacer nada con respecto a M.G. al menos. Pero Raúl no tenía tiempo que perder, y nada más desaparecer por la puerta las dos mujeres, pidió a Chema pedir algo de desayuno a domicilio, algo que el hacker no dudó ni un segundo, y la nevera no tenía suficiente como para todos. Unos zumos naturales, cafés, bollería y algo salado.

El pedido llegó en menos de media hora. Raúl pagó, dio propina al chico, desayunaron tranquilamente, y, mientras los demás habían ido al salón a ver la televisión, los dos chicos se pusieron al frente del portátil de Chema, quien entró de nuevo en la cuenta de Santana.

Nada más entrar en su cuenta, un mensaje de advertencia invadió la pantalla. Tenía un mensaje sin leer. Era, supuestamente, de 'B'.

“Confirma cuanto antes el trabajo terminado”

—¿Confirмо? —Chema quedó en blanco.

—Creo que podemos jugar ahí con el tema de las iniciales, agente herido o alguna mierda así ¿Qué opinas?

—Eso es demasiado policiaco. Veamos.

Chema escribió lo mejor que se le había ocurrido en ese momento.

“Trabajo terminado. Estoy herido. Preciso equipo al piso de Inés García. Solicito presencia de M.G.”

—¿Colará?

—O cuela o estamos jodidos. Pide a los demás que vengan y a consenso.

Raúl hizo caso a Chema y llamó a los demás, que enseguida se presentaron en la cocina.

—Veréis, hemos recibido esto al entrar en la cuenta del sicario, no hay hora ni nada, pero presumimos sea de ahora. Íbamos a contestar con esta otra frase —Raúl señaló a la respuesta sin enviar que Chema había escrito. *¿Enviamos respuesta o esperamos?*

—Las chicas dijeron que esperásemos por ellas, Raúl, no seas impulsivo —Anaïs trataba de poner algo de serenidad ante lo que acababa de leer.

—Si no respondemos igual incluso es peor.

—Eso no lo sabemos, Raúl, somos seis ahora mismo, y no sabemos cuántos pueden ser ellos.

—Anaïs, confía en nosotros. Dale a enviar.

Chema pulsó la tecla Enter.

—La suerte está echada, chicos. Tenemos cinco pistolas. Propongo que alguien lleve encima el táser.

—¿Y de munición qué tal? —Raúl realmente iba a ciegas con todo aquello en ese momento al no haber podido acudir a la cita con los rumanos.

—Nos han metido de todo, Raúl, no te preocupes por eso. Todas las pistolas tienen llenos los cargadores. Yo apenas sé usarla.

—Entonces usa el táser, Chema, por favor. Anaïs sí sabe usarla, aunque sea más en lo teórico que en el tema práctico.

Florín fue a por la bolsa de las armas y sacó las cinco pistolas y el táser, que fue destinado para Chema. Solamente quedaba esperar. El hacker volvió a echar un último vistazo al ordenador, pero nadie contestó.

—Cruzo los dedos para que el tal ‘B’ o quien sea lo haya leído y cuele por narices.

Esperaron en el salón, expectantes en silencio ante cualquier mínimo ruido o sonido, hasta que, pasados unos 45 minutos, sonó el timbre de abajo. Raúl se levantó veloz y, sin contestar, directamente pulsó el botón de abrir.

—Igual has abierto al cartero —Chema intentaba sacar, a pesar de su visible nerviosismo, algo de humor, sin lograrlo. Abrimos la puerta con pistolas y el pobre hombre pidiendo solo una firma para entregar una carta certificada. Sale por patas.

Los otros, serios, le pidieron silencio, y se levantaron todos del sofá. Raúl estaba tras la puerta, y, junto a él se puso Markus, ambos pistola en mano. A un lado, los demás, preparados con las armas en sus manos por lo que pudiese pasar. No pasó más de un minuto, y el timbre sonó. Raúl asomó la vista por la mirilla, y susurrando, casi sin que su voz saliese siquiera de su boca, les dijo a sus compañeros que sí, que eran ellos.

Raúl había visto que eran en total cuatro personas, a lo que les hizo el gesto de “cuatro” con los dedos, y acto seguido abrió la puerta.

Nada más abrir, el chico apuntó junto a los demás, con la pistola a las cuatro personas que había en el rellano, obligándoles a pasar.

—¿Qué pasa aquí? —contestó uno de ellos, un hombre trajeado.

—Calla y pasa —espetó Raúl.

Obligaron, a punta de pistola, a aquellas cuatro personas, a presentarse. Uno de ellos era médico, una mujer de unos cuarenta y tantos años se acreditó verbalmente como limpiadora, al igual que otro hombre de su misma edad o similar, y, por último, el hombre trajeado. Markel Gorriti. Raúl miró a Chema.

—Vaya, el famoso M.G. Queremos respuestas, y las queremos ya.

—No voy a decir nada, mi silencio es mi dignidad.

—Vaya, Markel Gorriti, distrito Guipúzcoa. Intuyo que eres un jefazo por aquí. Quiero respuestas. Supongo que sabes quién soy. El mismo que mató a Samuel Cebrián, amigo tuyo, seguro.

—Samuel tendrá su venganza, te lo aseguro.

—No estás en posición de asegurar nada. Hablas o puede que empiece a tener problemas mentales y meta tiros a diestro y siniestro.

Raúl notó el mismo subidón que le produjo tener el poder hace poco más de mes y medio en la casa de Cebrián. La limpiadora abrió entonces la boca.

—Les contaré todo lo que sé.

—Traidora. Morirás si abres la puta boca, zorra, y lo sabes.

—Señor Gorriti, que sea la última vez que delante de mí insulta a una mujer. El próximo aviso será con sangre.

Anaïs se puso junto a Raúl y le sugirió ser menos violento, algo que el chico ignoró por completo.

—Hable, señora.

—Me llamo Rosario, llevo unos años trabajando para la misma empresa, me llaman para limpiar la sangre y restos que pueda haber en un sitio. He visto cuerpos mutilados, desangrados, siempre muerta la gente.

—Siga.

—Me avisan por una aplicación interna que no está al alcance de nadie.

—Nosotros hemos entrado allí con el usuario del sicario que vino a matarnos gracias a nuestro señor hacker. Casi un juego de niños. Por cierto, está en un armario, muerto, por si aquí el señor jefe territorial se lo pregunta.

—Mi trabajo es limpiar, nada más, sacamos un cuerpo con ayuda de un médico, coches fúnebres, ambulancias, dependiendo el número de gente muerta a la que haya que sacar, nadie nos hace preguntas ni damos explicaciones, e incineramos los cuerpos o los enterramos con cal viva.

—Para parecer usted una persona tan normal es demasiado macabra, ¿no le parece, señora?

—Es un trabajo más, no mato ni he matado a nadie nunca, yo no pregunto, cobro mucho mejor incluso que muchos directores de empresas, y a fin de mes a mi familia no le falta de nada.

—Lo que dice Rosario es lo mismo que hago yo, señor —el otro limpiador, presa del pánico, se sintió obligado a abrir la boca.

—¿Han conocido a más gente aparte del sicario, el médico y el señor territorial?

—Hay más sicarios —contestó Rosario. Somos más limpiadores, hoy coincidí con Teodoro, pero otras veces tengo turno con Manuel, José, Sofía, seremos, aquí en nuestra zona unos 7 con la misma función.

—Bien, señora, vamos a hacer una cosa. Cuando acabemos la entrevista con estos dos señores, usted hará su trabajo si a mis compañeros les parece bien. Sacaré el cuerpo del sicario, que está bien guardadito y apenas tiene que limpiar nada, y dependiendo cómo se porten el doctor y mister territorial, sacaré dos cuerpos más o solamente el cuerpo del armario. Eso sí, si habla antes de tiempo iré yo mismo a por usted y a por su compañero —Raúl seguía sintiéndose superior al resto, incluidos sus compañeros. Usted hable con sus superiores o con quien usted quiera, pero hasta mañana ni pío, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor.

Los compañeros de Raúl seguían apuntando a los cuatro individuos con sus pistolas, a excepción de Chema, que miraba atónito el mando asumido con esa templanza por el chico.

Raúl cogió la silla del ordenador, y se sentó frente al médico.

—Hábleme de usted.

—Mateo Ramos. Soy uno de los tres médicos que actuamos en el distrito Guipúzcoa para El Club. Cuando hieren a uno de los nuestros, ahí estamos nosotros para tratar de curarlos.

—¿Quiénes son uno de los vuestros? ¿Trabajadores o también miembros?

—Ambas cosas, señor.

—Supongo que los miembros serán todos gente de bien. Que, por ejemplo, si yo soy un sádico hijo de puta y quiero pertenecer a él no puedo.

—Hasta donde yo sé, si usted tiene dinero, puede.

—¿Miembros conocidos? Dígame alguno.

El doctor Ramos miró a Gorriti, quien le avisó que, si abre la boca más, no espere que no vayan a por él.

—Deportistas, algunos muy famosos, abogados, médicos. Yo no, señor, yo curo, o al menos lo intento. No mato, no soy un asesino. Hay jueces también.

—Hasta ahí algo sabíamos. Necesito nombres. Hagamos una cosa, le voy a dar un folio, quiero que me llene lo máximo posible de nombres, todos los que usted conozca.

—Ya que te gusta irte de la lengua, háblales también de por qué estás aquí metido, venga —Markel Gorriti se estaba calentando.

Ramos miró al jefe del distrito de reojo, y le dijo que lo sentía.

—No sientes una mierda, enchufado, que eres un enchufado. Cambió trabajar en la Policlínica

cobrando 3000€ al mes por esto cobrando casi 4 veces más. Cuenta, cuenta, venga, que ya sabrán lo de tu prima.

Los chicos se miraron mutuamente con gestos de incredulidad. Markel Gorriti estaba contando más de lo que él mismo quisiera sin darse cuenta, pero, fruto de su calentura, no se percataba de la repercusión que estaban teniendo sus palabras entre sus captores.

—Venga, doctor de los cojones, cuenta que eres un putito enchufado, que eso te lo has callado.

Raúl se acercó a Gorriti y le preguntó por lo que sabía al respecto.

—¿Queréis respuestas? Es el primo de mi jefa, a la que doy cuentas. Briana Ramos. Y hay gente más arriba que ella, pero no sé nada más. Si cantamos, lo hacemos todos.

—¿Briana Ramos es 'B'?

—Efectivamente. Y ella tiene a alguien arriba a quien llaman el Profesor, también conocido por 'M', pero ni sé quién es ni cómo se llama. Y lo único que sé es que no es el que más mea, que en el escalafón hay alguien más. Eso es todo lo que sé. No me pidáis más.

El doctor Ramos terminó de escribir los nombres de cuantos miembros del Club conocía, y Raúl pensó que, ya que entre el médico y Gorriti se había abierto un bache, tenían que seguir abriendo heridas e instó al director del distrito guipuzcoano a corroborar los nombres que Ramos acababa de señalar en el folio.

—Está muy bien, muy completo todo, pero, doctor, y sus amiguitos, ¿para cuándo?

Raúl le acercó el bolígrafo y Gorriti apuntó más nombres.

—¿Dónde está Briana Ramos?

—En Madrid, Torre de Cristal. Piso 50, que es el último piso. No sé más, nunca estuve allí, todo contacto fue a distancia, y si sé esto es por mi querido doctor. He colaborado con ustedes. Necesito protección o estoy muerto.

—Puede contratar a un guardaespaldas. Nosotros no podemos hacer nada —Raúl tenía lo que quería. Gorriti ya no era nadie para él y rechazó su petición.

Un momento, un único instante. Raúl se distrajo mirando el folio, y Markel Gorriti le quitó el arma y disparó sin miramientos a la cabeza del doctor Ramos, matándolo en el acto. Los demás compañeros del chico apuntaron al director del distrito y le gritaron que bajase el arma. Arma que se introdujo en la boca y apretó el gatillo sin más dilación.

17. NUEVO FICHAJE

Viernes 26 de mayo, 2019.

Gorriti, con los ojos cerrados, escuchó un clic, pero no pasó nada. Sus captores se quedaron mirando atónitos los unos a los otros. Raúl quitó el arma al hombre y se quedó mirando el gatillo.

—¿Qué mierda de pistolas son estas?

—Pues lo que había por la zona, ¿o crees que es fácil pillar armas por aquí? —Chema se sintió ridiculizado por un momento.

—Joder, Chema, ¿ningún mindundi encontró nunca armas de ETA?

—Raúl, ETA se desarmó hace tiempo ya. Aquí no hay nada, eran rumanos los que nos las vendieron, no gente de aquí. Cuánta incultura, joder.

—Pues tienen que estar partiéndose el culo como todas sean como esta puta mierda.

Markel se sintió incómodo, con lágrimas en los ojos, y no pudo evitar contestar al chico.

—Perdonad, sigo vivo, eh.

Entonces, Raúl se acercó al hombre.

—¿Estás gilipollas o vienes así de serie? ¿En qué coño estabas pensando?

—Yo ya estoy muerto, chico, prefiero un balazo sin enterarme de nada.

—Ya veo, estás acojonado, mírate el pantalón, te has meado encima.

Gorriti no pudo ocultar su vergüenza por aquello. Se había orinado en los pantalones, fruto del miedo que había invadido su cuerpo.

—Lo peor de todo no es que no te hayas volado media cabeza, lo peor es lo que tienes a tu izquierda, y el puto ruido que has montado.

—Ramos era una mierda como persona, un hijo de puta al igual que su prima. No les importa nada ni nadie ajeno a ellos mismos. Si me hubieseis pegado un tiro, capaz hasta de haberos pedido champán.

Gorriti miró al suelo y, desolado y llorando, levantó de nuevo la cabeza, y, mirando fijamente a Raúl le propuso algo.

—Pertenezco y he pertenecido a un Club de hijos de puta, sí. Llevo la delegación guipuzcoana, me encargo de muchas cosas, y soy un asesino, pero no de gente inocente, no os creáis que soy tan inhumano como ellos. Tengo dignidad, tengo emociones y sentimientos. ¿Recordáis el atleta al que habían matado hace dos años en Donosti?

—Anaitz Guevara, sí. Campeón de España de salto y tal.

—Violó y mató a una niña de 3 años. ¡3 putos años! Pero como paga una cuota VIP, pues la niña aparece en fichas policiales como desaparecida, la incineran y aquí no ha pasado nada. No hay pruebas de nada para el mundo, y siempre es así. Y hay cosas por las que no paso. Y os digo una cosa, si en el Club se hubiese sabido que yo lo maté, también hubiese acabado bajo tierra.

—Pues al parecer tú estabas al tanto de lo que se iba a cocer en Gaintxurizketa, ¿verdad?

—Me enteré de cosas después. El niño de 4 años, la niña... Son cosas que me ocultan, cuando debería estar informado de todo siempre.

—¿Por qué permites que maten a gente?

—Llevo en esta empresa ya unos cuantos años, y cuando entré nadie me advirtió de nada.

Cuando quise dejarlo todo, recibí una visita. Fue cuando conocí a Briana.

—Supuestamente no la conocías —Raúl miraba a su alrededor para descubrir las caras de sus compañeros ante la dificultad que tenía para confiar en las palabras de aquel hombre.

—Estoy hablándote con total sinceridad. Briana vino a verme, me recordó los papeles que había firmado, los contratos, el sueldo mensual que estaba ganando. Y también me recordó que si volvía a dudar de ellos y de todo el trabajo que desempeñaba El Club en el territorio que yo supervisaba, desaparecería del mapa. No tuve otra opción.

—La opción cobarde, claro.

—¿Tú qué harías en mi caso? Dime, tú tuviste un juicio sin pruebas en el que te inculparon, y hasta donde yo sé eras un bendito. Antes de conocer a Cebrián, ¿qué hubieses hecho en mi lugar?

—Supongo que continuar. No lo sé, Gorriti.

—No supongas, tenlo claro, tú también hubieses hecho lo mismo. Quiero entrar con vosotros. Quiero joder a quienes permiten que se torture a críos. Esto pasa por todo el mundo, no solamente aquí, son potentes y poderosos, y se permite, y sacan fotos, vídeos, y los venden a gentuza de niveles altos que pagan por ellas.

—¿Cómo snuff movies?

—Son snuff movies, Raúl. Y las que más se cotizan son las de niños, y cuanto más pequeños, mejor. No lo llegué a ver ni nada, pero sí escuché sobre violaciones a bebés, casi recién nacidos, y acto seguido los descuartizaban vivos.

—Venga ya, tú has visto “A serbian film”, no me jodas interrumpió Chema.

—No sé de qué me hablas, sé las cosas que he visto, sé lo que he escuchado. No tienen límites, yo sí los tengo.

—Una cosita, Markel. Tienes acceso a vídeos y fotos, ¿verdad?

—Tengo mi cuenta del Club, allí hay vídeos y fotos como para crear un escándalo como jamás se haya visto. Las que me envían al móvil las borro, no me interesan, además yo al no conseguirles compradores, pues como que no me mandan casi nada.

—Vamos a ver, las fotos que Chema consiguió del móvil del sicario, ¿se las mandan para que él pueda venderlas?

—Se lleva comisión, muchos son quienes las venden, y si en determinado tiempo no logran un vendedor, se subastan y, al mejor postor. Estos dos piezas tienen lo suyo también en el móvil. Rosario ya vendió a un perverso un vídeo de un quinceañero al que revientan el culo con un palo. Cuéntalo, venga.

Rosario bajó la cabeza sin saber qué decir.

—Tengo ahora mismo mil preguntas y a la vez no quiero ni saber respuestas. Esto es demencial —Raúl se sentía furioso, impotente. Había vivido momentos demasiado desagradables en las últimas semanas. Miró a Rosario. *Por dinero no todo vale.*

—Lo hacemos todos, o casi todos. Es como una cadena, yo vendo material, me llevo comisión, y este señor también se lo lleva fresquito.

Sin darse cuenta ya era tarde, y por la puerta aparecieron Maite e Inés. Ya eran más de las cuatro de la tarde. Nadie se había siquiera inmutado de la hora, ni del hambre que podía despertar el horario.

Al entrar por el salón, las dos mujeres se quedaron perplejas.

—Pero, ¿qué habéis hecho? —Inés se llevó las manos a la cabeza, al igual que Maite.

—El muerto es cosa del pureta —dijo Raúl.

—¿Quiénes son?

—Aquí el amigo M.G. Alias Markel Gorriti, director del distrito Guipúzcoa. Al parecer esta

gente llama a las provincias distritos. El muerto era un médico enchufado que es primo de 'B', o, mejor dicho, Briana Ramos. Y estos dos son limpiadores, pero como tendréis muchas más preguntas, luego os contamos todo.

—Yo os lo contaré todo. Si queréis preparamos algo para comer de mientras —Anaïs estaba famélica, y era su momento de demostrarlo.

Las mujeres asintieron ante la propuesta que la chica, y las tres marcharon a la cocina.

—Ahora dime, Markel, ¿qué hacemos con estos dos? Porque yo pretendía dejarlos marchar.

—Si les dejas ir, en menos que canta un gallo estamos todos muertos. Tienen la boquita muy grande. Yo propongo que les atéis y entre todos penséis qué hacer. Matarlos no es mala opción.

Rosario y Teodoro suplicaron por sus vidas.

—Señor Gorriti —saltó Chema sin pensárselo dos veces. Que sea un asesino de mierda no nos convierte a nosotros en la misma mierda que usted.

—Soy una buena salida para vosotros, y en el fondo sabéis que tengo razón. Os he propuesto estar a vuestro lado, y precisamente es porque es en el lado en el que quiero estar, no por obligación. Casi me suicido, morir me importaba bien poco.

Raúl hizo un gesto a Chema con la cabeza, y ambos salieron al hall.

—¿Y si tiene razón? ¿Y si quiere enmendarse? —Raúl posiblemente estaba pecando de ingenuo, pero se sentía convencido de que Gorriti sería de gran ayuda.

—Ha matado a un tío delante nuestro y se la ha sudado.

—Y justo después se iba a suicidar, sí. No olvides eso. Es un renacido gracias a la mierda de la pistola esa. Que ya pueden rular las demás o lo pagaremos caro.

—Las probaremos en algún descampado camino de Madrid.

—¿Das por hecho que marchamos a Madrid?

—Raúl, allí tenéis las respuestas, la venganza que tanto deseas, el pelotazo a una red de sádicos a los que una vida humana les importa menos que la mierda que cagan cada mañana.

—Vamos a hacer una cosa, Chema, proponemos votación y si hay mayoría que sí, aceptamos con nosotros al tipo este.

—Vale. ¡Chicas, venid al salón, por favor!

Chema alzó la voz y las chicas salieron enseguida de la cocina.

—¿Qué pasa? —Inés se asustó creyendo que algo había sucedido y Raúl las invitó a pasar al salón.

—Inés, Maite, os cuento. Markel Gorriti nos ha ayudado, yo me fío, no ciegamente, pero me fío de su palabra. Quiere ayudarnos, está harto de la gentuza que lleva el Club para el que trabaja. Nos ha contado cosas que, sin él, seguiríamos a ciegas. Quiere ayudarnos, quiere venir con nosotros. Chema y yo hemos propuesto votar para que Markel esté con nosotros o vuelva a su vida profesional donde, por supuesto, le matarán. O, claro, tercera opción, le matamos nosotros. Y yo no pienso hacerlo. Voto que sí.

—Yo voto que no —Chema seguía en sus trece.

—No le conocemos de nada, si tengo que votar ya, voto que no Inés también se sentía reacia con aquel hombre.

—No —Maite fue más directa.

Markus, Florín y Bernardo votaron que sí, al igual que Anaïs.

—Mayoría que sí. Markel, bienvenido a nuestro Club.

—Cuando nos la juegue, recuerda que te avisé

—Chema, ¿y si no nos la juega y logramos algo? ¿Le pedirás disculpas?

—A un asesino, nunca. Bienvenido a nuestro Club, señor M.G. Carpe diem.

18. PECADO CAPITAL

Viernes 26 de mayo, 2019.

El hambre no perdonaba, y, aunque Inés había hecho algo de ensalada, Raúl y los demás prefirieron algo de comida rápida a domicilio que comieron con una ansiedad atroz según el repartidos les entregaba las hamburguesas y algo para picar.

Maite, Raúl, Inés, Anaïs, Markel, Bernardo y Markus se pusieron posteriormente en la mesa de la cocina, a excepción de Florín, que vigilaba a los limpiadores en el salón. Decidieron ir todos ellos menos Inés y Florín, que se quedarían en el piso de ésta para no perder de vista tanto a Rosario como a Teodoro. La decisión quedó hablada. Markel propuso sacar del piso los cadáveres antes de salir. Sabía cómo hacerlo sin necesidad de obligar a los limpiadores a hacer ese trabajo, por lo que pidió ayuda a Bernardo para bajar los cuerpos, no sin antes hacer una llamada extra, concretamente a José, otro de los limpiadores. La idea fue sencilla. Bajar los cuerpos ya de noche por el parking, y allí Markel subir la cuesta que conducía al exterior, donde José esperaría con una furgoneta.

La noche fue mejor de lo esperado, y así fue. José se encontraba, puntual, en la misma puerta de los garajes. Florín bajó a ayudar a trasladar los cuerpos de Santana y del doctor Ramos, tapados con sábanas. Markel sabía que, si el limpiador descubría los rostros de los inquilinos que reposaban bajo aquellas mantas, todo se iría al traste, por lo que pidió a José que los quemase tal cual, que bajo ningún concepto destapase los cuerpos de las sábanas, e hizo un gesto religioso con actitud de rezo para que esa acción no se llevase a cabo.

Todo fue rápido, y a los pocos minutos Markel, Florín y Bernardo ya estaban en el piso de Inés nuevamente. La idea era que Maite condujese con el coche alquilado en Francia junto a Raúl, Anaïs y Markel, y Chema cogiese el coche de Inés con Markus y Bernardo de compañeros de viaje. Raúl había propuesto alquilar una furgoneta para ir todos juntos, pero su idea fracasó, por lo que se despidieron de Inés y de Florín, que quedaban al cargo de los limpiadores, Inés con su revólver y el rumano con una de las pistolas —sin probar— procedentes del mercado negro.

Cogieron sendos coches y partieron por la A1. En poco más de cuatro horas estarían en Madrid en el caso de no hacer paradas, pero la intención de los chicos fue la de estar en los alrededores de la Torre de Cristal a primera hora de la mañana y probar suerte con lo que allí se pudiesen encontrar.

La Torre de Cristal hacía 15 años que se había comenzado a construir, y en apenas cinco años ya estaba terminada. Era un edificio de casi 250 metros y 50 plantas. Los chicos sabían por boca de Markel que la última planta era la que utilizaba El Club como sede central. Sin chalets ni sótanos, un edificio de oficinas normal y corriente, propiedad de una mutua de seguros que lo chicos suponían, habría alquilado a la propia sociedad la planta completa, con algún tipo de empresa fantasma o algo así. Tampoco lo tenían claro, pero tampoco les intimidaba el no saberlo con seguridad.

Eran las 2 de la madrugada, y, a su paso por la provincia de Burgos, hicieron un alto en el camino para tomar unos cafés en un área de servicio dentro de la misma Autovía del Norte. Allí charlaron sobre un programa de radio que había puesto Maite y en el que llamaba la gente para

desahogarse. Había llamado un chico contando sus problemas con los hombres mayores y el terreno sexual. Contaba cómo un octogenario le invitó a su casa, le ofreció un chupito de orujo, y entonces le entró la risa y dijo algo así como “orujo, pues por el culo te la estrujo” y colgó el teléfono, quedando la presentadora pidiendo seriedad a las llamadas que tanto ayudaban a la gente. Alrededor casi todos reían, excepto Maite. La jurista siempre había sido seria, ya fuese en su círculo de amistades, como en el trabajo. Aquellos no eran, lo que se pudiese decir, amigos, pero en esos momentos eran su gran esperanza de poder vivir en paz. Ni por esas logró, ya fuese el programa de radio, o las propias risas que los chicos esbozaban alrededor suyo, que la mujer sonsacase su oculto lado alegre. Bernardo propuso llamar al programa y hacer alguna coña, pero Maite le pidió que, por favor, estuviesen quietos, y les contó que años atrás había llamado ella misma a un programa de ese estilo, cuando su pareja le engañó de la manera más vil. Quedó en una absoluta soledad, y el desahogo ante aquella mala noche fue hacer la llamada que le empezaría a empujar hacia adelante. Fruto de esa ruptura emergió su amistad con Inés, quien también había sufrido un desengaño amoroso, y juntas supieron sobrellevarlo de una manera más amena, algo que enriqueció su relación, y desde entonces se consideraron mutuamente amigas.

Habían recorrido 200 kilómetros hasta llegar al área de servicio cercano al municipio burgalés de Villagonzalo, y aún estaban a unos 250 kilómetros de Madrid capital. Eran poco más de las 2 y media de la madrugada, y sabían que iban muy bien de tiempo, pero prefirieron seguir su camino y que la siguiente parada fuese en la capital de España, por lo que volvieron cada cual al coche en el que habían montado desde San Sebastián hasta aquel punto, y prosiguieron la marcha.

Markel propuso conducir para que así Maite pudiese descansar, y Raúl siguió en el asiento del copiloto. Ambos quisieron confraternizar y ganarse mutuamente su confianza. Detrás, durante el viaje, Maite y Anaïs dormían recostadas contra los cristales del coche.

En el otro coche, Chema dejó a Florín a los mandos mientras él se ponía a su lado y pusieron el programa de radio al que Raúl había hecho referencia, y, aunque a Bernardo a pesar de su edad le interesaba, dada su alma cotilla, alocada y traviesa dicho programa, se quedó dormido en el asiento derecho trasero del coche de Inés.

Pocos minutos después de las cinco de la madrugada, ambos coches, sin haberse separado el uno del otro ni por un instante durante toda la noche, estaban en la entrada a la provincia de Madrid. Sin atascos, sin apenas coches. Una maravilla en comparación de cómo estaría todo aquello dos o tres horas después, aunque fuese fin de semana.

—El edificio está en Fuencarral, un distrito al norte de Madrid capital, así que, si os parece bien, me desvío por aquí y podemos hacer tiempo en la misma zona de El Pardo. Enseguida veréis el edificio.

A pesar del empeño de Markel por ejercer de guía un tanto a ciegas, aparte de Raúl nadie contestó. Las chicas seguían dormidas. En ese instante, sonó el teléfono del chico. Ya casi ni recordaba el tono de llamada, por lo que en un principio ni se inmutó. Muchos días sin utilizar el teléfono de primera generación que habían adquirido cuando partieron hacia Francia. Al darse cuenta, miró, número desconocido, pero cogió el teléfono. Era Chema, quien conducía aún justo detrás de ellos.

—¿Dónde vais? Madrid central era por el otro desvío.

—Vamos al barrio de El Pardo, podemos desayunar allí. En esa zona está la torre donde debemos ir.

—Vale, sigo detrás vuestro. Era simple curiosidad.

El hacker colgó el teléfono y Raúl se preguntó si Anaïs o Maite le dieron al hacker su número,

ya que ni él mismo lo conocía de memoria, pero cayó en la cuenta de que Inés y Chema habían estado juntos en la cocina descifrando el móvil del sicario, posiblemente fuese entonces. Acabó optando por ignorar sus propias interrogantes.

—Chavales, mirad al fondo. Las cuatro torres. La tercera es la torre a la que nos dirigimos. Barrio de El Pardo. Hace años que no piso Madrid, pero todo esto es mucho más impresionante de cómo lo recordaba.

La zona era, como decía Markel, impresionante. El barrio de El Pardo albergaba dos palacios reales, un palacete, un convento franciscano, y era un barrio muy famoso por su gastronomía ibérica, especialidades en cocina de caza, algo que no había pasado desapercibido para Markel en vista de que a sus compañeros no se les quitaba el hambre ni con un muerto al lado.

Gorriti aparcó a unos 100 metros de las torres, cerca de una churrería que ya estaba abierta, y propuso desayunar allí.

—Un desayuno completo para preparar la mañana no estaría mal, ¿no crees, Raúl?

—Tengo un hambre que me muero. Vamos allá.

Chema aparcó el coche de Inés a una distancia de tres coches con respecto a ellos. Las calles colindantes de las cuatro torres eran transitadas en días de diario por los típicos hombres de negocios, por lo que, al ser un sábado a primera hora de la mañana, había muchos huecos libres.

Raúl despertó a las chicas, que seguían dormidas, y salió del coche mientras Markel hacía lo propio y se dirigían hacia Chema, Markus y Bernardo. El aún miembro del Club les indicó una churrería de las que parecían de las de toda la vida, aunque el hacker se quejó un poco.

—Soy más de pan tumaca con jamón.

—Si es por eso buscamos otro sitio, es porque este lo vi ahí atrás.

—No, da igual.

—Venga, Chema, que los churros son un buen pecado capital. ¿lo pillas? —Nadie se rió con el mal chiste de Raúl y el chico se encogió de hombros mientras se fijaba en cómo Chema miraba de reojo a Gorriti con mala cara.

Markel empezaba a sentirse un poco cansado de los desplantes de Chema, por lo que no le siguió contestando. Los siete se entraron a la churrería, se sentaron, y pidieron desayunos completos compuestos por zumo de naranja natural, café o chocolate, y bollería o churros. Allí harían tiempo hasta que se hiciese un poco más de día y, a una hora un tanto prudente, fuesen hacia la Torre de Cristal.

20. LA TORRE

Sábado 27 de mayo, 2019.

Eran las 8 de la mañana, y a todos les pareció bien ir hacia el edificio más alto de Madrid. El destino era esa planta 50, tocando casi el cielo. Raúl propuso llevar consigo las cuatro pistolas y el táser, pero Markel le puso en órbita.

—Hay medidas de seguridad, daos cuenta de que es uno de los edificios más seguros del país. Habrá detector de metales, es la lógica.

—No podemos entrar desarmados, no duraríamos ni medio minuto.

—50 plantas, Raúl. Decenas de empresas. Si hay un disparo, saltarán todas las alarmas habidas y por haber. Ni a ellos les interesa un muerto en el edificio, ni a nosotros. Queréis respuestas, pues vamos a por ellas.

—Quiero venganza, quiero vivir tranquilo.

—Pues yo quiero que todo salga a la luz, por primera vez estoy de acuerdo con el pureta —Chema tiró de ironía—. Queremos respuestas también. Quiero que gente de mierda que es capaz de torturar a críos lo paguen caro.

—Quiero poder salir a la calle volviendo a mi vida normal. Ya sólo pido eso —Maite se mostraba cauta y con los pies en la tierra.

—De acuerdo, lo haremos a vuestra manera, sin armas. Entonces se quedan en el coche.

Los siete marcharon hacia el edificio. La zona de Cuatro Torres Business Area era, sencillamente, espectacular. No se podía elegir qué edificio podría ser el más innovador, o el más increíble. Era la zona empresarial moderna de Madrid, y la primera impresión que tuvieron sobre un lugar en el que nunca habían estado ni habían conocido más allá de la típica imagen de Madrid en los telediarios o alguna foto suelta, era la de la modernidad, la del miedo. Cámaras de última generación, quién sabe si con reconocimiento facial. Iban a ciegas. ¿Cómo pasar desapercibidas siete personas con prendas informales en un edificio de lo que ellos mismos catalogaron como pijo?

La espera se acabó, y todos cruzaron el larguísimo paso de cebra que los llevaría casi a la misma puerta del edificio. Todos se miraron, los unos a los otros, y cruzaron por la puerta de entrada.

Las instalaciones eran, a priori, impresionantes. Raúl les comentó a sus compañeros que aquello le recordaba a la entrada del Kursaal, el palacio de congresos de San Sebastián. Conocía aquel edificio de haber ido a ver un par de conciertos allí. “Pero más pijito”, recalcó.

Para poder seguir adelante debían pasar por el famoso detector de metales al que había hecho referencia Markel. Llaves, teléfonos, y poco más. Todos pasaron por ello sin el menor problema. El vigilante de seguridad les indicó un mostrador, al que se dirigieron.

En el mostrador, tres chicas ejercían de recepcionistas de aquella torre. La única que en aquellos momentos estaba libre les preguntó por la cita previa, les pidió nombres, documentos de identidad, y planta a la que se dirigían. Maite llevó la voz cantante, y le comentó a la chica que tenían cita con Briana Ramos, pero ésta les comentó que en la planta 50 no se recibían visitas, así como que no le constaba en el ordenador que hubiese nadie allí con ese nombre, y les invitó a

salir por la puerta posteriormente.

Ya en la salida, Raúl le pidió a Chema ponerse en contacto con el número de Briana Ramos, a lo que Maite se interpuso y pidió hablar ella. Ambos asintieron la decisión de la jurista.

Chema les pidió volver al coche. Allí, en su mochila tenía, junto con el portátil, el teléfono de Santana. Una vez en el coche, el hacker sacó el teléfono, lo descriptó en cuestión de segundos y apuntó el número de la misteriosa Briana. Raúl sacó el teléfono que habían comprado en Francia, y se lo dio a Maite, quien marcó el número.

—Soy Maite Gallardo. Creo que nos estáis buscando. Quiero autorización para subir al piso 50.

Al otro lado del teléfono, Briana se mantuvo unos segundos en silencio.

—Vais a durar muy poco, aún no sé cómo habéis llegado hasta aquí cuando vuestras fotos están por toda Europa.

—Señora o señorita Briana Ramos —Maite pausó su voz. Notaba su propia respiración que iba fuertemente en aumento, presa de su nerviosismo—, sabemos quién es. Nos conceden usted y su jefe una cita ya mismo o enviamos los vídeos de las atrocidades de su Club a todas las televisiones del mundo.

—No conseguiréis nada, las televisiones también nos pertenecen.

Maite tapó el micrófono del teléfono con la mano, y mirando a sus compañeros, exclamó “qué hijos de puta”.

—Queremos respuestas, queremos que nos dejen en paz, que dejen de perseguirnos, y no vamos a tener límites. Ustedes no los han tenido tampoco.

—Le llamo en 5 minutos.

La jurista colgó el teléfono y por primera vez sonrió.

—Creo que nos van a recibir.

—¿Qué dijo? —Raúl estaba impaciente.

—Me llama a este número en nada.

No pasaron esos 5 minutos que pidió Briana, y el teléfono sonó. Maite descolgó.

—María Teresa Gallardo Zárate, Raúl Duque Martínez y Anaïs Baudin. Tienen cita disponible. En información les guiarán.

—Piso 50, lo sé. Pero somos siete personas.

—Lo siento, únicamente pueden subir ustedes tres. Les espero.

Briana colgó el teléfono, y Maite les comunicó a sus compañeros lo que acababa de escuchar.

—No me jodas, vosotros tres. Sois a quienes esta puta gente quiere muerta.

—Nos la jugaremos. Vosotros mismos lo habéis dicho, no nos van a hacer nada si ese edificio está tan protegido en todos los sentidos.

—No jodas, Maite, si tienen compradas hasta las cadenas de televisión. Bueno, haremos algo.

Chema sacó de su mochila unas gafas.

—No tienen graduación, son metalizadas y por eso pitará el detector de la entrada. Aquí — señaló el puente de las gafas— hay una cámara minúscula que graba en 4K, señal en directo, van con Wifi mediante ip, pero necesito dos minutos para hacer unas configuraciones en el portátil.

—¿Tú qué eres, del equipo A? ¿Pero arriba cogerá Wifi? No entiendo nada.

—No, tienes que ponerte una pulsera, ahora te la doy —Chema miraba el portátil y tecleaba letras y números en una ventana de colores—. Esa pulsera tiene cobertura y 5G. Estoy conectando mi ordenador con la pulsera. El detector te pitará, pero no detectará la cámara. Ponte las gafas, por favor.

Raúl se las puso, y la pantalla del portátil emitía las imágenes en tiempo real, con un retardo

de apenas un par de segundos.

—Lo voy a grabar todo, desde que crucéis la puerta de entrada a la torre. Si pasa cualquier cosa, lo que sea, cantas, dices que están siendo grabados y si os pasa algo lo subiré todo a la red y lo verán miles de personas.

Maite y Raúl se miraron, y, sin duda, se sintieron más seguros con ese apoyo extra que Chema les había ocultado hasta ese instante.

21. PLANTA 50

Sábado 27 de mayo, 2019.

Antes de pasar por segunda vez en cuestión de pocos minutos por el detector de metales, Maite dejó el móvil, las llaves del coche y la cartera en la palangana que pasaba por el escáner, y lo mismo hizo Raúl con la pulsera, las gafas y la cartera. Anaïs no llevaba monedas sueltas, por lo que no dejó nada. Los tres pasaron por los arcos sin pitar, y recogieron nuevamente sus objetos personales, dirigiéndose de nuevo hacia la misma chica seria que hacía un rato les había atendido, no precisamente de muy buenas maneras.

—Tenemos cita, ahora, planta 50.

—Ya les he dicho hace unos instantes que en la planta 50 no se admiten visitas.

Maite le dejó su DNI a la chica, y Raúl y Anaïs hicieron lo propio con sus respectivos documentos de identidad.

—Vuelva a mirar, por favor.

La chica miró en el ordenador, y ella misma quedó sorprendida, sin mayor remedio que el de tragarse su orgullo.

—Disculpen las molestias, planta 50, aquí a mi izquierda tienen los ascensores. Buenos días.

Los tres compañeros cogieron el ascensor. Muy rápido, moderno y transparente, algo que, sin padecer claustrofobia, les alivió. Mientras subían, contemplaron el precioso jardín vertical que tenía la torre y que llegaba hasta la azotea. Al llegar a la planta 50, una mujer rubia, atractiva y sonriente les esperaba.

Briana Ramos les dio la bienvenida, e intentó, sin éxito, estrechar la mano de sus invitados, por lo que, tan solo les ofreció un “siganme”.

La planta estaba, casi por completo, abierta. Apenas se intuía que pudiesen haber más de 7 u 8 oficinas o despachos. Estaban, tal vez, ante el mayor hall que habían visto nunca en la planta de un edificio.

Briana les invitó a pasar al tercer despacho. Allí, una sala enorme, de unos 50 metros cuadrados. Había miles de pisos en España más pequeños que aquel cuarto, oficina, despacho, o lo que fuese aquel lugar. Una biblioteca enorme repleta de libros, un sofá como para 6 plazas en forma de “L”, un televisor con su barra de sonido... Si aquello era un despacho, sin duda estaban ante el despacho más lujoso que jamás habían visto cualquiera de los tres compañeros. Briana los llevó al otro lado, donde estaba su enorme mesa de trabajo, y les invitó a sentarse en cualquiera de las ocho sillas de diseño que rodeaban la mesa en semi círculo.

—¿Qué queréis saber?

—¿Por qué toda esta mierda? —Raúl se anticipó a Maite en llevar la batuta de la conversación.

—¿Mierda?

—¿Por qué hacéis lo que hacéis? ¿Por qué tu Club de los cojones nos quiere matar?

—Hay algo que se llama daños colaterales, querido.

—Los daños colaterales son una bala perdida, una explosión en la que quieres matar a una persona y matas sin querer a otras dos. Nosotros deberíamos ser cabos sueltos, señora listilla.

—Exacto, señorito. Trapos sucios de los que hay que desprenderse.

—Quiero hablar con tu jefe.

—Está de camino, él también quiere conoceros personalmente, tranquilos, como en vuestra casa.

Briana se sentía relajada, mientras sus invitados no podían estar más nerviosos. La mujer se levantó.

—¿Un café?

Los tres compañeros negaron con la cabeza.

—Lo mismo nos envenenas.

—Chico, envenenar con un café no es mi estilo, ni mucho menos. Yo obedezco órdenes de mi superior, y las doy a mis inferiores, pero si quiero matar —se giró y acercó su rostro al de Raúl—, mato. Pero me gusta ver cómo sufre la otra persona.

—Tú sí que vas a sufrir, hija de puta.

Briana perdió los papeles por un momento.

—Si vuelves a insultarme llamo a seguridad y te vas del edificio. Me voy a tomar el café fuera. Podéis esperar aquí mientras viene mi jefe.

Briana salió por la puerta, y la cerró. Raúl miró a su alrededor, y aquel enorme despacho—salón tenía dos cámaras. Supuso que alguien sí o sí estaría mirando por ellas. El móvil sonó, y Maite cogió.

—De acuerdo, se lo digo. Raúl, Chema dice que te levantes y sin tocar nada mires por toda la habitación. En plan 360 grados.

Raúl se levantó y comenzó a pasearse por los 50 metros cuadrados de aquella sala, mirando de cerca cada recoveco de las paredes, libros, incluso se acercó a la mesa por el lado de la huésped en busca de papeles, a pesar de no encontrar nada. El ordenador estaba apagado, y no quiso llamar demasiado la atención, por lo que no tocó nada más.

El teléfono volvió a sonar.

—Dime, Chema. Vale, se lo digo. A ver, Raúl, en la biblioteca debe haber un libro rojo en mitad de la biblioteca, acércate y búscalo. Que pone algo de cómo torturar o algo así.

El chico se acercó a la gran biblioteca, donde habría más de 500 libros tirando por lo bajo, y buscó por en medio un libro rojo. Tardó un poco más de lo que quizá debería, pero lo encontró.

“Cómo torturar bien a una persona hasta que muera como un perro”

—Venga, no me jodas.

El chico se mostró poco más que escandalizado, y sacó el libro. Dentro estaba firmado y dedicado. Edición especial limitada. Al ver la dedicatoria pasó la página, donde salía nuevamente el nombre del autor que figuraba en la firma y que se negaba a creer. El chico se asustó de más.

—Paco Vans. El libro es del puto Paco Vans, ¡no me jodas!

—¿Quién es Paco Vans?

—Joder, Maite, pues en Martutene tenéis tres libros suyos en la biblioteca.

—La biblioteca del centro contiene libros donados por otras bibliotecas, Raúl, yo no conozco nada de lo que hay allí.

—A ver, digamos que Paco Vans fue el autor que leí allí dentro durante mi estancia. Leí algo también de Stephen King, pero Vans era una inspiración, un escritor de terror que trata las sectas como nadie. Y esto lo digo porque le he leído y porque antes de leerle me lo había recomendado un preso que se pasaba el día leyendo libros en la biblioteca.

—¿Qué pone en la dedicatoria?

“A Briana, no te arrepientas de lo que hiciste, arrepiéntete de lo que no has hecho. Espero

que aprendas mucho con estas páginas y pongas en práctica algunos trucos en alguna de nuestras fiestas. Firmado: Paco Vans.”

—La puta que lo parió —Anaïs no pudo evitar entrar en escena también ante aquello.

—Chema, espero que lo hayas captado todo, la dedicatoria y el libro.

El teléfono sonó de nuevo.

—Dime. Voy. Raúl, que te pongas —Maite dio el móvil al chico.

—Dime, Chema. Vale, gracias.

Raúl colgó el teléfono y explicó a las chicas que el libro que tenía Raúl en sus manos no existía ni siquiera en la deep web, por lo que presumían que aquel sería un libro para iniciar a ciertas personas pertenecientes al Club.

Se escucharon pasos, y las chicas alentaron a Raúl a dejar el libro en su sitio ya, algo que hizo, sin embargo, poniéndolo en otro hueco diferente al que estaba. Justo entonces se abrió la puerta. Briana entró en el despacho acompañada por un hombre al que reconocieron enseguida y que hizo que, tanto Maite como Raúl se quedasen blancos. Era Miguel De Lara, antiguo ministro del interior.

22. MIGUEL DE LARA

De Lara había sido uno de los peores ministros desde la época posfranquista hasta la actualidad según numerosas encuestas. La guerra había acabado, Franco había muerto, pero el periodo de transición no había sido la mejor época para ser ministro, y menos aún ministro del interior, cuando el país salía de pasar hambre y deseaba volver a la normalidad.

Al cambio de Gobierno, Miguel pasó a ser ejecutivo de una gran empresa eléctrica, con una paga estratosférica y uno más en el mágico chollo de las puertas giratorias, pero, con el efecto 2000 tuvo algunos problemas que los euros no ayudarían. Problemas con la empresa, tratos de favores que salieron a la luz, por lo que al ex ministro no le quedó otra que dimitir de su cargo-enchufe. Una llamada cambió su vida.

Una nueva empresa, privada, requería de sus servicios. Alguien le citó en un solar a las afueras de la capital española. Ese alguien era, nada más y nada menos, que el recién nombrado director del CNI, Rodrigo Garza. Allí le explicó en qué consistían los cuatro rascacielos que se estaban construyendo, con la última planta del tercer edificio ya adquirido con dinero del presupuesto del Centro Nacional de Inteligencia. Se estaba gestando algo muy potente, poderoso, que nada ni nadie podría tumbar, con el apoyo en la sombra del propio CNI. Garza le explicó a De Lara los planes para el Club que estaba fundando, en el que invertirían decenas indecentes de millones de euros, no todo propiedad del centro de inteligencia española, también de dinero público, del en su día llamado INEM, dinero apartado de cursos del Estado, de las pensiones que en un futuro no peligrarían, y con lo que satisfacerían los deseos más perversos de una asociación donde sus miembros serían todos gente de mucho dinero y que ellos eran la única alternativa a ocultar todo aquello que los miembros de esa sociedad realizarían. Todo sería secreto, nada saldría nunca de allí.

De Lara, en un principio, estuvo reacio ante tal iniciativa, hasta que Garza le apuntó en un papel el dinero mínimo que ganaría el ex ministro al año. Una cantidad mareante, con seis ceros, pero él sería quien siempre daría cuentas a su superior de todos los tapujos y problemas que el Club pudiese ocasionar.

Tras ver la cifra, De Lara estrechó la mano de su, desde que firmasen el contrato, nuevo jefe, eso sí, en la sombra. Los dos. Garza sólo tendría contacto con el ex ministro. Nadie debería saber nunca, bajo ningún concepto, que él existiría como tal.

Los años pasaron, y el rascacielos de nombre Torre de Cristal estaba listo para su inauguración, y con ella, el Club ya en marcha desde hacía meses, con nuevos miembros cada día, captados por economistas, abogados, e incluso jueces, prometiendo la total discreción ante cualquier acción que percutiese en uno u otro miembro del Club.

De Lara conocía ya para entonces los secretos más oscuros de decenas de personalidades de la élite rosa, política y deportiva cuando conoció a Briana Ramos y, a pesar de su vida tan aparentemente perfecta de cara a la sociedad, con mujer e hijos, cayó a los pies de la escandalosamente sexy mujer rubia que sería en cuestión de tiempo su mano derecha, deshaciéndose de Mateo, su sobrino y hasta entonces ayudante. A día de hoy Mateo aún seguía en paradero desconocido, dado por muerto para las autoridades policiales, a pesar de que sus padres

no habían perdido la esperanza once años después.

Briana aportó desde un principio seguridad en el terreno profesional, y estabilidad en el personal, una pieza maestra en su empeño por hacer crecer más y más aquella asociación liberal a la que se le había encomendado hacer fuerte.

De Lara fue viajando por Europa, conociendo a los jefazos de cada Club en aquellos países. A otros los conoció mediante videoconferencia, y, en 2010 ya tenían su propia red privada, invisible ante cualquier persona ajena a esa asociación, y donde, a cada miembro y trabajador se le atribuyó un nombre de usuario y una contraseña. Se crearon subastas. Subastaban personas, vídeos, packs de fotos, y el Club seguía ganando más y más dinero con las cuotas mensuales que De Lara impuso a cada miembro, entre los que se encontraba el contrato vitalicio, el pago mensual, y el famoso “no hay reglas” que había logrado de su Club una gran potencia internacional entre sus socios europeos. Limpiadores, sicarios, captadores, subastadores. El Club crecía, y con ello, las exquisitas comisiones que el ex ministro, desde el sillón de su despacho, ganaba con apenas mover un par de dedos.

Todo fue a pedir de boca hasta que, un día, varios chicos quemaron una casa con varios integrantes del Club dentro, en Lezo, un pueblecito guipuzcoano al que pertenecía la zona de Gaintxurizketa. Allí, Samuel Cebrián ejercía de anfitrión junto a su esposa, Nekane Lejarza. Todo un quebradero de cabeza para el Profesor ‘M’, como le gustaba ser conocido entre las sombras del Club.

Casi dos meses después de aquello, De Lara recibió una llamada. Era Briana. Los chicos a quienes ejecutó la orden de matar estaban allí, en la planta 50, en su Torre de Cristal, en el mismo despacho de su mano derecha, y, a pesar de su cuidado aseo corporal y su elegancia al vestir, no le importó ir sin duchar, sin peinar, sin vestir más que un chándal y unas zapatillas deportivas, sacó el que consideraba el peor de sus cuatro coches, un Ford Fiesta azul marino, y arrancó sin miramientos rumbo hacia el rascacielos más alto de Madrid.

23. SECRETOS DE ESTADO

Sábado, 27 de mayo, 2019.

Raúl y Maite no podían creerse que el famoso ex ministro De Lara estuviese metido en todo ese turbio sadismo que habían creado con El Club. Anaïs no entendía nada, no sabía quién era, y, aunque Raúl era joven, había visto a aquel hombre cientos de veces desde bien pequeño en informativos, periódicos y revistas.

—Me ha dicho Briana que queréis respuestas. Perfecto. De Lara tomó asiento junto a Raúl.

—Preguntad lo que queráis.

—¿Por qué mandaron matar al padre de Anaïs y a mis padres?

—Cabos sueltos, niño.

—Ellos no eran cabos sueltos. Mis padres no sabían nada de su puto Club de mierda.

—Chaval, este Club de mierda del que te refieres nos hace ganar cientos de millones de euros cada año, saneamos una parte del país con ello. Si no fuese por El Club, los ancianos hubiesen dejado de tener su pensión mensual desde hace años.

—Las pensiones no están garantizadas a largo plazo, hemos pasado una crisis, debería usted saberlo de primera mano.

—Y te repito que, si no fuese por nosotros, en tres años no tendrían nada. Nosotros conseguimos que el IVA cultural bajase con presiones de miembros del Club relacionados con la cultura. Logramos que el Gobierno incluyese deportes en el ministerio de cultura. Pagamos impuestos muy altos también. Aún no entiendes de lo que somos capaces de lograr. No todo lo que ves es malo.

—Yo también le repito, son ustedes unos asesinos.

—Y tú también. Mataste a varios miembros de nuestra asociación, y quemaste vivos a otros cuantos. Las autopsias confirmaron que no todos murieron por heridas de bala, blanco y en botella.

—Defensa propia. Morir o matar.

—Entonces entiendes que no os podemos dejar salir vivos de aquí para salvar nuestro secreto.

—No se crea que nos vamos a quedar de brazos cruzados. No estamos solos.

De Lara sacó una pistola del lado derecho del pantalón.

—Ahora mismo estoy viendo a tres personas completamente solas, chaval.

Briana dio un golpe en la parte derecha de la mesa y se abrió de la nada un pequeño cajón que guardaba una pistola semi automática con silenciador.

—Así que vuestra única escapatoria es matarnos.

—Aún no. Sin prisa, no tengo nada que hacer hoy —De Lara rió.

Raúl hizo un amago de levantarse, pero De Lara empujó el hombro derecho del chico, obligándole a sentarse.

—Necesito ir al baño o tendré que mearme encima.

—De acuerdo, vamos, yo te sigo.

El chico se levantó lentamente, y De Lara le indicó por dónde debía ir, apuntándole con la pistola, pegada a la espalda del chico mientras, con la mano izquierda, el ex ministro le agarraba

del hombro.

Saliendo del despacho, enfrente, se encontraba uno de los cuartos de baño de la planta. Raúl entró, sin que el Profesor se alejase de él lo más mínimo.

Se dirigió al urinario, hizo sus necesidades, y fue hacia el lavabo. Le temblaba el pulso, sentía el nerviosismo correr por su piel. Se levantó las gafas, poniéndolas en la cabeza, se lavó la cara rápidamente, y volvió a ajustar las gafas. Miró para la pulsera, rezando en el más profundo interior de su ser para que el wifi siguiese activo. Puso las dos manos contra el espejo, y se miró fijamente.

—Soy Raúl Duque. Hace dos meses empecé a ir a una consulta con un psiquiatra, ejerciendo de topo para lograr sacar a la luz la verdad que escondía ese señor. He estado en la cárcel siendo inocente, por una violación que no cometí, fruto de los viciosos juegos de ese señor y su cuñado, Alberto Lejarza, el auténtico violador de la chica que me acusó injustamente de ese delito. La jurista del centro penitenciario, Maite Gallardo, estuvo conmigo en todo momento. El día de mi cumpleaños Samuel Cebrián, mi psiquiatra, me invitó a una fiesta. Esa fiesta fue en Lezo, en Gaintxurizketa, en una casa que hicimos explotar. Maté a varias personas en aquel infierno que ellos denominaron fiesta.

—¿Qué cojones estás diciendo, chaval?

Raúl no hizo caso, le miró de reojo a través del espejo, pero continuó.

—Allí violaron a Maite, esas fiestas eran juegos sádicos donde cortaron la cabeza tras torturar a mi amigo de prisión Mikel Larreta. Pude impedir que violasen a un niño de cuatro años delante nuestro, pero no pude hacer nada ante la felación a la que obligaron a realizar a una niña de 8 años. Fuimos testigos de todo aquello. Logré quitarle la pistola a Francisco López, un ertzaina de la científica que estaba con ellos, y logramos escapar, no sin antes obligar a Samuel Cebrián a contarme qué coño era todo aquello. Un Club muy poderoso, con gente famosa, gente con poder, abogados, jueces, políticos, todo tipo de gentuza de las altas esferas, con cientos de millones de euros, con las televisiones compradas, una sociedad secreta que jamás debía salir a la luz.

—¿Y por qué me cuentas esto? ¿Te preparas para algo?

—Huimos al extranjero, pero recuerdo cuando dije a mi compañera Maite, que huir no era una opción. No lo era. Conocimos la verdad. Un sicario vino a matarnos, le maté, con ayuda desencriptamos su teléfono móvil. Vimos fotos, fotos que deben salir a la luz, también hay vídeos que no llegué a ver apenas. Todo debe salir a la luz. Subastaban snuff movies, han permitido que bebés sean violados y mutilados. Las sociedades secretas a las que denominan “El Club” están por todo el mundo, y tenemos una amplia lista de personas pertenecientes a este Club en el distrito, como ellos les llaman a las provincias, de Guipúzcoa. Tras mi muerte, saldrán muchos más nombres, os lo prometo.

—¿Hablas con alguien o me estás contando algo a mí?

—Estoy ensayando lo que voy a contar cuando salga de aquí.

De Lara se rió a carcajada limpia, y Raúl, ignorándole, prosiguió.

—Me encuentro en la Torre de Cristal, en Madrid, planta 50, donde tiene este famoso Club su sede central o al menos es lo que parece. Briana Ramos es la secretaria, amiga, o lo que coño sea, de este señor, Miguel De Lara, ex ministro, supongo que lo conocerán, que es quien va a matarme a sangre fría. Ignoro si hay alguien por encima suyo, pero, os puedo asegurar —Raúl se acercó más al espejo, mirándose fijamente— que el Gobierno tiene algo que ver. Voy a morir, y después matarán a Maite y a Anaïs, una chica francesa que escapó de aquel sótano con nosotros, pero vosotros, el pueblo, sois quienes debéis echarle los cojones que nos han faltado tantos años y decir “basta ya”. Id a por ellos, hombre.

—¿Qué cojones...? —De Lara agarró de la cara al chico y la giró contra él, mirando sus oídos —. Estás hablando con alguien.

—El mundo entero va a saber quién eres. No tienes salida. Estas gafas tienen una cámara ultra 4K con micrófono incorporado. ¿Ahora quién ha ganado?

De Lara acercó su boca a la oreja del chico, haciendo lo mismo con su pistola y la sien del chico.

—Sigo ganando yo, muchacho.

Raúl sonrió, cerró los ojos, y el ex ministro apretó el gatillo. Raúl Duque cayó fulminado en el suelo del cuarto de baño.

De Lara fue directo al despacho de Briana. Allí, tanto Maite como Anaïs, al ver al hombre, gritaron sabiendo que el disparo iba dirigido a Raúl.

—Mátalas. Son tuyas.

Briana dio la vuelta por la mesa, y, mientras De Lara salía de aquellas cuatro paredes, sonaron dos disparos desde fuera del despacho. La mujer había quitado el silenciador. Quiso que el ex ministro escuchase los disparos. Éste cogió su teléfono y marcó un número.

—Despacho de 'B'. Ya. Por el sótano. Tres cuerpos. —Briana salió del despacho, y miró a De Lara con una pícara sonrisa.

—Me he puesto cachonda perdida.

—Pues relájate y prepárate. Las gafas del puto niño tenían una cámara. Lo ha contado todo contra el espejo sin saber por qué hablaba así. Hay que impedir que ese vídeo sale a la luz. Vienen limpiadores a llevarse a estos tres putos muertos.

24. ANARQUÍA.

Sábado 27 de mayo, 2019.

Chema miraba desde dentro del coche el vídeo con desolación, al igual que sus compañeros, que no perdieron detalle de la pantalla del portátil. Markel desde el asiento de copiloto, y Bernardo y Markus desde detrás.

Markel agachó la cabeza, y dio un puñetazo contra la guantera.

—Yo también quiero hablar.

—Tú calla la boca, que has sido cómplice de todo esto durante un largo tiempo.

—Quiero enmendarlo todo. Me da igual si acabo en prisión.

Chema cogió su teléfono e hizo una llamada.

—Adri, soy Chema. Necesito tu ayuda.

El hacker le contó a la persona que estaba al otro lado del teléfono, muy por encima, todo lo que habían descubierto, y lo que acababa de ocurrir con sus amigos, y acto seguido envió el vídeo a esa persona.

—Es Adrián, un amigo que sabe lo que hacer con el vídeo. En menos de una hora estará por todo internet, y va a tirar de contactos para que todos los canales de televisión emitan el vídeo íntegro esta noche en prime time.

—Tienen las televisiones compradas, lo digo porque lo sé —Markel no confiaba en el tema televisivo.

—Adrián y sus compañeros van a hacer de las suyas para conseguirlo. Si estos hijos de puta tienen poder, los hackers son la antítesis del poder oscuro de esa puta gente.

Chema cogió las carpetas que había traspasado a su portátil con los vídeos y las fotos del móvil de Santana, e hizo una transferencia masiva de datos. Asimismo, cogió el papel con los nombres de los miembros del Club en Guipúzcoa, y fue escribiendo nombre a nombre en un documento de texto.

—En unos minutos Adrián también tendrá todos los archivos, y los va a compartir. Esto es la puta guerra. España saldrá a la calle. El puto mundo saldrá a la calle.

Chema se metió en varios chats de la deep web, y envió el vídeo de Raúl a todos sus contactos. Todos eran informáticos experimentados. Al poco de enviarlos públicamente dentro de aquel chat exclusivo y oculto, decenas de mensajes llegaron de manera privada al hacker, quien, en el público, contó que el chico que hablaba era Raúl, amigo suyo, y que el gobierno estaba metido en todo esto. Que nadie está seguro en ninguna parte, que todo aquello lo manejan con ayuda de peces muy gordos, y que era tiempo de tomar el poder para el pueblo.

Su discurso escrito caló hondo, y los apoyos no tardaron en aparecer.

Enfurecido, envió un mensaje que pidió ser enviado tras la difusión del vídeo a todos los rincones de España.

“Mañana. Domingo, 28 de mayo, 13:00h. Gente de Madrid y alrededores. Todos a la Puerta del Sol. Llamad a todo el mundo. Llenemos las calles de todo el país. Que cunda la anarquía. El poder es y será siempre del pueblo.”

—Sabes que la vamos a liar gorda, ¿no? —Bernardo, aún afectado por el directo de Raúl, se

sentía, en cierto modo, esperanzado.

—Es lo que pretendemos, Bernardo, que se líe. Somos el pueblo, y estamos hartos de que nos roben, nos obligan a acatar leyes sin ningún tipo de sentido, los bancos desahucian a ancianos y familias con críos pequeños que se quedan en la puta calle mientras nuestro puto Gobierno mira siempre para otro lado, nos matan en silencio, permiten que nos maten comprando productos de alta gama hechos con ingredientes que son puro veneno, familias que no tienen dónde caerse muertas después de pagar los gastos abusivos mensuales de luz, agua, gas, tramas corruptas con dinero del débil, se siguen riendo de nosotros a la puta cara, y si salimos a la calle somos el enemigo. Y ahora esto, lo habéis escuchado, el hijo de puta que ha matado a Raúl fue ministro, y no precisamente se fue por la puerta delantera, fue otro que robó lo que quiso y más y no pasó nada, un puto enchufado de mierda que se ha reído de todos los españoles, es un jefazo de la puta asociación a la que Inés nos pidió ayuda para derrocar. La ley la hace el pueblo. Y nosotros somos el puto pueblo. No nos van a pisar más.

Bernardo miró a Chema y no puedo evitar darle un fuerte abrazo, ambos con lágrimas en los ojos.

—Eres un jodío, has conseguido emocionarme.

El propio Bernardo sacó el puño y lo puso entre los tres compañeros que le quedaban vivos. Markel puso su mano encima, Markus hizo lo propio, y, por último, Chema puso la suya.

—A por ellos.

AGRADECIMIENTOS

Primeramente, me gustaría agradecer a todas y cada una de las personas que compraron La Terapia, primera obra de un autor novato. El apoyo surgido por tantísima gente a raíz de ese libro, me inspiró a escribir con mucho ánimo la segunda parte, que terminará con otra parte más para cerrar esta trilogía.

Espero no olvidarme de nadie.

A Dani, Gerard, Rocío, Yoli, Joseba, Basilio, Susana, Sandra, Sonia, Amaia, Silvia, Iker, Jon, Naiara, Eneko, Elena, Xavi, Patricia, Maite, Mikel, Alejandra, Aitzi, Iñigo, Yol, a los demás amigos, familia, y, por supuesto, a Virginia por su inagotable paciencia, y a mis hijos, Yago y Julen, por haberme dejado respirar para poder tener mis horas de escritura; no ha sido fácil para ellos que su padre no jugase con ellos por tener la cabeza en otra parte.

Gracias a todos, de corazón.

Rober Ortega